

El castillo de Lesley

Jane Austen



FUNDACIÓN
Carlos Slim



El castillo de Lesley

Austen, Jane

Cuento

Se reconocen los derechos morales de Austen, Jane.

Obra de dominio público.

Distribución gratuita. Prohibida su venta y distribución en medios ajenos a la Fundación Carlos Slim.

Fundación Carlos Slim

Lago Zúrich. Plaza Carso II. Piso 5. Col. Ampliación Granada

C. P. 11529, Ciudad de México. México.

contacto@pruebat.org

Frederic y Elfrida

A LA SEÑORITA LLOYD

Mi querida Martha:

Como breve testimonio de la gratitud que siento por su reciente generosidad hacia mí, acabando mi capa de muselina, pido permiso para ofrecerle esta pequeña producción de su sincera amiga

La autora



Capítulo uno

El tío de Elfrida era el padre de Frederic; en otras palabras, eran primos hermanos por parte de padre.

Habiendo nacido los dos el mismo día, y habiendo ido a la misma escuela, no era extraño que sintiesen por el otro algo más que simple cortesía. Se amaban con mutua sinceridad, pero ambos estaban decididos a no transgredir las reglas del decoro consumando su afecto ni con el objeto amado ni con nadie más.

Eran extremadamente guapos y tan parecidos entre sí, que no todo el mundo podía diferenciarlos. Ni siquiera sus amigos más íntimos podían distinguirlos por nada que no fuese la forma de la cara, el color de ojos, el tamaño de la nariz y la diferencia en el cutis.

Elfrida tenía una íntima amiga a quien, en una visita a una tía suya, escribió la siguiente carta:

A LA SEÑORITA DRUMMOND

Querida Charlotte:

Te agradecería que me comprases durante tu estancia con la señora Williamson un nuevo gorro a la moda, que le siente bien al cutis de tu

E. Falknor

Charlotte, en cuyo carácter prevalecía la voluntad de hacerle favores a todo el mundo, cuando volvió a la ciudad le llevó a su amiga el gorro deseado, y así acabó esta pequeña aventura, para gran satisfacción de todas las partes.

En su regreso a Crankhumdunberry (dulce pueblo del cual su padre era el párroco), Charlotte fue recibida con la mayor de las alegrías por Frederic y Elfrida, quienes, tras abrazarla el uno y la otra alternativamente, le propusieron dar un paseo por una alameda que iba desde la casa del párroco hasta un prado verde esmaltado con una amplia variedad de flores coloridas y bañado por un arroyo ondeante que llegaba del valle de Tempé a través de un paso subterráneo.

Llevaban apenas nueve horas en la arboleda cuando fueron agradablemente sorprendidos al escuchar una voz de lo más encantadora trinar la siguiente estrofa:



Canción

Que Damon estaba enamorado de mí
Una vez pensé y creí
Pero ahora que veo que no es así
Creo que engañada fui.

Nada más acabar los dos últimos versos vieron por un camino de la arboleda a dos elegantes jóvenes apoyadas la una en el brazo de la otra, las cuales, al verlos, tomaron inmediatamente un sendero diferente y desaparecieron de su vista.

Capítulo dos

Como Elfrida y sus compañeros las habían visto lo suficiente como para saber que no eran ni las dos señoritas Green, ni la señora Jackson y su hija, no pudieron evitar expresar sorpresa ante su aparición; hasta que al final, recordaron que una nueva familia había comprado recientemente una casa no muy lejos de la arboleda y se apresuraron a volver a casa, decididos a no perder más tiempo y a conocer a dos chicas tan amables y respetables, de cuya familia pensaban acertadamente que formaban parte.

Conforme a tal decisión, esa misma tarde fueron a presentar sus respetos a la señora Fitzroy y a sus dos hijas. Les condujeron a un elegante vestidor adornado con festones de flores artificiales, donde fueron conmovidos por el atractivo exterior y la belleza externa de Jezalinda, la mayor de las jóvenes; pero cuando ya llevaban varios minutos sentados, el ingenio y los encantos que lucían resplandecientes en la conversación de Rebecca les gustaron tanto, que todos saltaron y en un solo acorde exclamaron:

—Adorable y muy encantadora belleza: a pesar de tu amenazadora bizquera, tus grasientas trenzas, y tu espalda abombada, que son más aterradoras de lo que la imaginación pueda explicar y la pluma describir, no puedo abstenerme de expresar mi éxtasis ante las atractivas cualidades de tu mente, que tan ampliamente compensan el horror que tu primera aparición ha de inspirar al incauto visitante.

—Sus opiniones tan noblemente expresadas acerca de las diferentes excelencias de la muselina india e inglesa, y la juiciosa preferencia que ustedes dan a la primera me han causado una admiración de tal amplitud que sólo yo puedo comprender, y les aseguro que es prácticamente lo mismo que pienso yo.

Luego, haciendo una profunda reverencia a la amable y desconcertada Rebecca, salieron de la habitación y se apresuraron a volver a casa.

Desde este momento la relación íntima entre las familias Fitzroy, Drummond y Falknor se afianzaba día tras día, hasta que al final se consolidó de tal modo que no tenían escrúpulos para echarse mutuamente a patadas hasta la calle a la menor provocación.

Durante este feliz período de armonía, la mayor de las señoritas Fitzroy se escapó con el cochero y la amable Rebecca fue pedida en matrimonio por el capitán Roger de Buckinghamshire.

La señora Fitzroy no aprobó la unión a causa de la tierna edad de la joven pareja, al tener Rebecca sólo treinta y seis años, y el capitán poco más de sesenta y tres. Para poner remedio a esta objeción, se acordó que esperarían hasta que fuesen bastante más mayores.

Capítulo tres

Entretanto, los padres de Frederic propusieron a los de Elfrida una unión entre ellos, y, habiendo sido ésta aceptada con agrado, se compraron los vestidos de boda y no quedaba nada por fijar salvo el día del casamiento.

En cuanto a la adorable Charlotte, al ser insistentemente importunada para que visitase otra vez a su tía, decidió aceptar la invitación, y como consecuencia de ello, caminó a casa de la señora Fitzroy para despedirse de la amable Rebecca, a la que encontró rodeada de cataplasmas, polvos, pomadas y pintura, con los que estaba intentando, en vano, remediar la fealdad natural de su cara.

—He venido, mi amable Rebecca, para despedirme de ti ya que estoy destinada a pasar quince días con mi tía. Créeme, esta separación es dolorosa para mí, pero es tan necesaria como la tarea que ahora te ocupa.

—Vaya, a decir verdad, mi amor —respondió Rebecca—, últimamente se me ha pasado por la cabeza (quizá sin mucho fundamento) que mi piel no se parece en nada al resto de mi cara, y por tanto he cogido, como ves, pintura blanca y roja, lo que desdeñaría usar en cualquier otra ocasión, puesto que odio el arte.

Charlotte, que entendió perfectamente el discurso de su amiga, era demasiado ecuánime y solícita como para negarle lo que sabía que ella deseaba: un cumplido; y se despidieron como las mejores amigas del mundo.

Con el corazón triste y los ojos llorosos subió a la noble silla de posta que la separaba de sus amigos y de su casa, pero, apenada como estaba, no pensó mucho en la manera diferente y extraña en la que volvería.

Al entrar en la ciudad de Londres, que era donde estaba el domicilio de la señora Williamson, el cochero, cuya estupidez era asombrosa, declaró, y lo hizo sin ningún tipo de vergüenza, ni tampoco compungido, que como no se le había informado, ignoraba totalmente a qué parte de la ciudad tenía que ir.

Charlotte, en cuya naturaleza, como hemos indicado anteriormente, existía un fuerte deseo de agradar a todo el mundo, con la mayor condescendencia y buen humor le informó de que tenía que ir a Portland Place, lo que hizo, como corresponde, y Charlotte pronto se encontró en los brazos de una cariñosa tía.

Apenas se sentaron como normalmente hacían, del modo más cariñoso, en una sola silla, cuando se abrió repentinamente la puerta y un caballero maduro con cara

cetrina y un viejo abrigo rosa, en parte intencionadamente, en parte por debilidad, se encontró a los pies de la adorable Charlotte, declarando su afecto por ella, y suplicando su compasión del modo más conmovedor.

Al no ser capaz de hacer desdichado a nadie, accedió a ser su esposa, con lo cual el caballero salió de la habitación y todo quedó en silencio.

Sin embargo, el silencio duró poco tiempo, ya que, la puerta se abrió por segunda vez y, un joven y apuesto caballero con un abrigo nuevo azul entró y le suplicó a la adorable Charlotte permiso para presentarle sus respetos.

Había algo en la apariencia del segundo extraño que inclinó a Charlotte hacia él, al menos tanto como la aparición del primero: no podía explicarlo, pero así era.

Por tanto, habiéndole prometido, de acuerdo con eso y el carácter natural de su mente de hacer feliz a todos, convertirse en su esposa a la mañana siguiente, él se despidió y las dos damas se sentaron a cenar una tierna liebre, un collar de perdices, una correa de faisanes y una docena de pichones.

Capítulo cuatro

Hasta la semana siguiente Charlotte no recordó el doble compromiso que había adquirido; pero cuando lo hizo, la reflexión sobre su pasada insensatez operó con tanta fuerza en su mente, que decidió ser culpable de otra mayor, y con tal propósito se tiró a un profundo arroyo que transcurría a través de las agradables arboledas de su tía en Portland Place.

Flotó hasta Crankhumdunberry, donde la recogieron y la enterraron; el siguiente epitafio, compuesto por Frederic, Elfrida y Rebecca, fue colocado en su tumba:

Epitafio

Aquí yace nuestra amiga, quien prometió
que con dos se casaría,
su dulce cuerpo y su adorable cara tiró
al arroyo que a través de Portland Place corría

Estos dulces versos, tan patéticos como hermosos, nunca fueron leídos por nadie que pasara por ahí sin un baño de lágrimas; si no te las provocan a ti, lector, tu alma debe de ser indigna de ellos.

Una vez efectuado el último y triste oficio a su difunta amiga, Frederic y Elfrida, junto con el capitán Roger y Rebecca regresaron a casa de la señora Fitzroy, a cuyos pies se tiraron todos a una y se dirigieron a ella del siguiente modo:

Señora:

Cuando el dulce capitán Roger se dirigió por primera vez a la afable Rebecca, usted sola puso objeciones a su unión a causa de la tierna edad de las partes. Ese pretexto ya no sirve, habiendo expirado hace siete días, junto con la adorable Charlotte, desde que el capitán le habló por primera vez del asunto.

Acceda pues, señora, a su unión y, como recompensa, esta olorosa botella que encierro en mi mano será suya, y suya para siempre; no lo diré dos veces. Pero si rechaza unir sus manos en un plazo de tres días, este puñal que encierro en mi mano izquierda será hincado en la sangre de su corazón.

Hable pues, señora, y decida su suerte y la de ellos.

Esta gentil y dulce persuasión no pudo dejar de lograr el efecto deseado. La respuesta que recibieron fue ésta:

Mis queridos y jóvenes amigos:

Los argumentos que habéis utilizado son muy justos y demasiado elocuentes como para resistirse; Rebecca, en un plazo de tres días te unirás al capitán.

Este discurso, que no pudo ser más satisfactorio, fue recibido por todos con alegría; y, habiendo recobrado la paz todas las partes, el capitán Roger rogó a Rebecca que le honrase con una canción, conforme a cuya petición, y habiendo primero asegurado que tenía un terrible resfriado, cantó de este modo:

Canción

Cuando Corydon a la feria acudió
le compró a Bess una cinta rosa
con la que sus cabellos rodeó,
lo cual le hizo estar muy orgullosa.

Capítulo cinco

Al cabo de tres días se produjo el enlace entre el capitán Roger y Rebecca, e inmediatamente después tuvo lugar la ceremonia en el carromato que iba a la casa del capitán en Buckinghamshire.

Los padres de Elfrida, aunque hubieran deseado realmente verla casada con Frederic antes de morir, sabiendo que su estado de ánimo no podría soportar ni el menor esfuerzo, y juzgando acertadamente que fijar el día de su boda sería uno muy grande, se abstuvieron de pincharla sobre el asunto.

Transcurrieron semanas y semanas sin que se avanzase nada; las ropas se pasaron de moda, y al final, el capitán Roger y su señora llegaron a visitar a su madre y a presentarle a ella a su hermosa hija de dieciocho años.

Elfrida, que había descubierto que su antigua amiga se estaba haciendo demasiado vieja y demasiado fea como para resultar aún agradable, se alegró de enterarse de la llegada de una chica tan guapa como Eleanor, con la que decidió cultivar la más estrecha amistad.

Pero pronto descubrió que la felicidad que había esperado del hecho de conocer a Eleanor no le llegaría, puesto que no sólo tuvo la mortificación de verse tratada por ella como poco menos que una anciana, sino que incluso tuvo el horror de percibir una creciente pasión en el pecho de Frederic por la hija de la amable Rebecca.

En el mismo instante en el que tuvo conocimiento de dicho afecto, voló hasta Frederic, de un modo verdaderamente heroico y le balbuceó su intención de casarse al día siguiente.

A alguien que estuviera en su aprieto y que poseyera menos valor que el que Frederic poseía, ese discurso le habría supuesto la muerte; pero él, que no estaba atemorizado en absoluto, respondió valientemente:

—¡Maldita sea, Elfrida! Puede que tú estés casada mañana, pero yo no lo estaré.

Esta respuesta la angustió mucho debido a su delicada constitución. Por ello se desmayó y tuvo una sucesión de desmayos tan seguidos, que apenas tenía tiempo suficiente para recuperarse de uno antes de caer en el siguiente.

Aunque ante cualquier peligro que amenazase a su vida y libertad Frederic era tan valiente como un león, en otros aspectos su corazón era tan suave como el algodón, y,

al enterarse del peligro en el que se encontraba Elfrida, inmediatamente voló hasta ella y, encontrándola mejor de lo que le habían hecho esperar, se unió a ella para siempre.

Jack y Alice

Novela dedicada respetuosamente al caballero Francis William Austen, aspirante a oficial de marina a bordo del barco de su Majestad, el Perseverancia, por su humilde y agradecida servidora

La autora.

Capítulo uno

Érase una vez el señor Johnson que tenía unos cincuenta y tres años; un año después tenía cincuenta y cuatro, lo cual le entusiasmaba tanto que estaba decidido a celebrar su siguiente cumpleaños dando un baile de máscaras para sus hijos y amigos. Por ello, el día que cumplió los cincuenta y cinco, envió invitaciones a todos los vecinos con tal fin. De hecho, sus conocidos en esa parte del mundo no eran muy numerosos, ya que solamente Lady Williams, el señor y la señora Jones, Charles Adams y las tres señoritas Simpson conformaban el vecindario de Pammydiddle y, por tanto, serían los asistentes al baile de máscaras.

Antes de proceder a relatar la velada, será adecuado describirles a mis lectores el físico y los caracteres del grupo que les ha sido presentado.

El señor y la señora Jones eran ambos bastante altos y muy apasionados, pero eran en otros aspectos gente apacible y educada. Charles Adams era un joven amable, experimentado y fascinador, de una belleza tan deslumbrante que nadie, salvo las águilas, podía mirarle directamente a la cara.

La señorita Simpson era agradable en su físico, en sus modales y en su temperamento; una desmedida ambición era su único defecto. Su hermana mediana, Sukey, era envidiosa, rencorosa y malvada. Físicamente era bajita, gorda y desagradable. Cecilia (la hermana pequeña) era de lo más guapa, pero demasiado afectada para resultar agradable.

En Lady Williams se juntaban todas las virtudes. Era una viuda con un buenísimo usufructo y los restos de lo que fue una cara muy guapa. Aunque benévola y franca, era generosa y sincera. Aunque piadosa y buena, era religiosa y amable; y aunque elegante y agradable, era fina y divertida.

Los Johnson eran una familia llena de amor y, aunque un poco adictos a la botella y al juego, tenían numerosas cualidades.

De este modo se encontraba reunido el grupo en el elegante salón del palacio de los Johnson y, dentro de él, la agradable figura de una sultana era la más notable de las máscaras femeninas. Entre los hombres, una máscara que representaba al sol era la más admirada de todas. Los rayos que surgían de sus ojos eran como los de la gloriosa luminaria, aunque infinitamente superiores. Tan brillantes eran los rayos, que nadie se atrevía a aventurarse a menos de media milla de ellos; tenían, por tanto, la mayor parte

de la habitación para sí, ya que su tamaño no alcanzaba más de tres cuartos de milla de largo y una de ancho. Finalmente el caballero se dio cuenta de que la ferocidad de sus rayos resultaba muy inconveniente para la pista de baile, pues obligaba a los invitados a agolparse en una esquina de la habitación con los ojos entrecerrados, por lo que éstos descubrieron que era Charles Adams en su abrigo verde liso, sin máscara alguna.

Cuando su asombro menguó un poco, su atención fue a parar a dos caretas que avanzaban con una tremenda pasión; ambos eran muy altos, pero parecían tener numerosas cualidades de otro tipo.

—Estos —dijo el agudo Charles—, estos son el señor y la señora Jones
Y efectivamente, eran ellos.

¡Nadie podía imaginar quién era la sultana! Hasta que finalmente, al dirigirse a la hermosa Flora, que se reclinaba en una actitud estudiada en un sofá, con un «¡Oh, Cecilia, me encantaría ser en realidad lo que finjo ser!», fue identificada gracias al indefectible don de Charles Adams como la elegante pero ambiciosa Caroline Simpson, y la persona a la que se dirigía supuso, correctamente, que se trataba de su adorable pero afectada hermana Cecilia.

La compañía avanzó entonces hacia una mesa de juego donde estaban sentadas tres caretas (cada una con una botella en la mano) profundamente concentradas; pero una mujer disfrazada de virtud huyó con paso rápido de la vergonzosa escena, mientras que una mujercita gorda que representaba a la envidia miraba alternativamente las frentes de los tres jugadores. Charles Adams, que era siempre tan brillante, pronto descubrió que el grupo que jugaba eran los tres Johnson, que la envidia era Sukey Simpson, y la virtud Lady Williams.

Se quitaron entonces las máscaras y los invitados se retiraron a otra habitación para tomar parte en una elegante y lograda diversión, tras la cual, habiendo sido la botella zarandeada por los tres Johnson, el grupo entero (incluso sin exceptuar a la virtud) fue llevado a casa, todos borrachos como cubas.

Capítulo dos

Durante tres meses el baile de máscaras proporcionó mucho tema de conversación a los habitantes de Pammydiddle, pero de ningún personaje se habló tanto como de Charles Adams. Lo singular de su apariencia, los rayos que le salían de los ojos, el brillo de su ingenio, y el tout ensemble de su físico habían dominado los corazones de tantas jóvenes, que de las seis presentes en el baile de máscaras sólo cinco habían regresado a casa sin ser seducidas. Alice Johnson era esa infeliz sexta persona cuyo corazón no había sido capaz de resistirse al poder de sus encantos. Pero, como puede parecerles extraño a mis lectores que tanta valía y excelencia como él poseía sólo hubiese conquistado el corazón de ella, será necesario informarles de que las señoritas Simpson estaban protegidas de su poder mediante la ambición, la envidia y la propia admiración.

Todo deseo de Caroline estaba centrado en lograr un marido con título, mientras que en Sukey una excelencia tan superior sólo podía hacer brotar la envidia, no su amor, y Cecilia estaba demasiado encariñada consigo misma como para que le gustare nadie más. En cuanto a Lady Williams y la señora Jones, la primera era demasiado sensata como para enamorarse de alguien tan joven para ella; y la segunda, aunque muy alta y apasionada, quería demasiado a su marido como para pensar en algo así.

Pero a pesar de todos los intentos por parte de la señorita Johnson de descubrir en él algún cariño hacia ella, el frío e indiferente corazón de Charles Adams aparentemente preservaba todavía entera su libertad natural; cortés con todas pero no inclinado hacia ninguna, continuaba siendo aún el adorable, enérgico, pero insensible Charles Adams de siempre.

Una velada, encontrándose Alice un tanto acalorada por el vino (algo no poco común en ella), decidió buscar alivio para su desordenada cabeza y su corazón enfermo de amor en la conversación de la inteligente Lady Williams.

Encontró a la señora en casa, como era generalmente el caso, ya que no le gustaba mucho salir, y al igual que el gran Sir Charles Grandison, ella también desdeñaba fingir que no estaba cuando estaba en la casa, ya que consideraba ese elegante método de no dejar pasar a los visitantes desagradables poco menos que una bigamia descarada.

A pesar del vino que había estado bebiendo, la pobre Alice estaba baja de ánimo, algo fuera de lo común; no podía pensar en nada sino en Charles Adams, y no podía

hablar de nada sino de él y, en pocas palabras, habló tan abiertamente de ello que Lady Williams pronto descubrió el afecto no correspondido que le tenía, lo cual suscitó su lástima y compasión tan fuertemente que se dirigió a ella de este modo:

—Percibo bastante claramente, querida señorita Johnson, que su corazón no ha sido capaz de resistirse a los fascinantes encantos de este joven, y la compadezco sinceramente. ¿Es su primer amor?

—Sí, lo es.

—Me apena mucho más el oír esto; yo misma soy un triste ejemplo de las miserias que en general acompañan a un primer amor, y estoy decidida a evitar desgracias parecidas en el futuro. Espero que no sea demasiado tarde para que haga lo mismo; si no lo es, intente, mi querida niña, protegerse de tan grave peligro. Un segundo encariñamiento va rara vez acompañado de serias consecuencias; por lo tanto, no tengo nada que decir contra eso. Protéjase de un primer amor y no tendrá que temer el segundo.

—Mencionó, señora mía, algo sobre haber sido usted misma víctima de la desgracia que, muy amablemente, desea que yo evite. ¿Me honraría usted con el relato de su vida y milagros?

—De muy buena gana, mi amor.

Capítulo tres

»—Mi padre era un caballero de considerable fortuna en Berkshire; yo y unos pocos más éramos sus únicos hijos. Sólo tenía seis años cuando tuve la desgracia de perder a mi madre, y como en ese momento era joven y cariñosa, mi padre, en lugar de enviarme a la escuela, contrató a una institutriz competente para supervisar mi educación en casa. Mis hermanos fueron llevados a escuelas adecuadas para su edad, y mis hermanas, que eran más jóvenes que yo, quedaron bajo el cuidado de su niñera.

»La señorita Dickins era una excelente institutriz. Me instruyó en los caminos de la virtud; bajo su tutela cada día me hacía yo más amable, y en ese momento podía casi haber alcanzado la perfección, si mi valiosa preceptora no hubiese sido arrancada de mis brazos cuando hube cumplido los diecisiete años. Nunca olvidaré sus últimas palabras: “Mi querida Kitty —dijo—, te doy las buenas noches”. Nunca la volví a ver —continuó Lady Williams secándose los ojos—: se fugó con el mayordomo esa misma noche.

»Al año siguiente, fui invitada por una pariente lejana de mi padre a pasar el invierno con ella a la ciudad. La señora Watkins era una mujer de clase, familia y fortuna; era en general considerada una mujer bonita, pero a mí nunca me pareció muy guapa. Tenía una frente muy alta, los ojos demasiado pequeños, y demasiado color.

—¿Cómo puede ser tal cosa? —interrumpió la señorita Johnson, poniéndose roja de rabia—; ¿piensa usted que alguien puede tener demasiado color?

—De hecho, sí, y le diré por qué, mi querida Alice; cuando una persona tiene demasiada cantidad de rojo en su rostro, esto le da a su cara, en mi opinión, un aspecto muy rojo.

—¿Pero puede una cara, mi señora, tener un aspecto muy rojo?

—Desde luego, mi querida señorita Johnson, y le diré por qué. Cuando una cara tiene un aspecto demasiado rojo, no parece tener tanto mérito como tendría si fuese más pálida.

—Le ruego, señora, que continúe su historia.

—Bien, como decía, fui invitada por esta dama a pasar unas semanas con ella en la ciudad. Muchos caballeros la consideraban guapa, pero a mí nunca me lo pareció. Tenía una frente muy alta, los ojos demasiado pequeños, y demasiado color.

—En eso, señora, como dije antes, debe de estar usted equivocada. La señora Watkins no podía tener demasiado color, ya que nadie puede tener demasiado.

—Perdóname, mi amor, si no estoy de acuerdo contigo sobre este detalle. Déjame explicarlo con claridad; mi idea sobre el asunto es ésta: cuando una mujer tiene demasiada proporción de color en sus mejillas, forzosamente tiene demasiado color.

—Pero, señora, yo niego que sea posible que alguien tenga tanta cantidad de rojo en sus mejillas.

—Vaya, mi amor, ¿pero qué ocurre si tienen demasiado color?

A la señorita Johnson se le había acabado la paciencia y más aún, quizá, porque Lady Williams se mantenía tan inflexiblemente serena. Debe recordarse, sin embargo, que la dama tenía en cierto sentido, una gran ventaja sobre Alice; me refiero a que no estaba borracha, ya que, acalorada por el vino y elevada por la pasión, ésta podía tener poco dominio sobre su temperamento.

Finalmente la disputa se caldeó tanto por parte de Alice que casi pasan de las palabras a las manos, cuando, afortunadamente, entró el señor Johnson y, con cierta dificultad, la forzó a alejarse de Lady Williams, de la señora Watkins y de sus mejillas rojas.

Capítulo cuatro

Tal vez mis lectores se imaginen que, tras semejante reyerta, ya no podía existir una relación íntima entre los Johnson y Lady Williams, pero en eso están equivocados; pues la dama era demasiado sensata para enfadarse por un comportamiento que —no pudo evitar darse cuenta— era la consecuencia natural de la embriaguez, y Alice le tenía a Lady Williams un respeto demasiado sincero y tenía un gusto demasiado grande por su clarete, como para no hacer cualquier concesión que estuviera en su mano.

Pocos días después de su reconciliación, Lady Williams fue a ver a la señorita Johnson para proponerle un paseo por el bosque de limoneros que iba desde su pocilga hasta la alberca para los caballos de Charles Adams. Alice era muy consciente de la amabilidad de Lady Williams al proponerle tal paseo, y, aunque estuviese muy contenta con la perspectiva de ver al final de él la alberca para los caballos de Charles, también era consciente de que no debía mostrar un placer demasiado visible. No habían avanzado mucho antes de ser despertada por las reflexiones acerca de la felicidad de la que iba a disfrutar, que le hacía Lady Williams, la cual se dirigió a ella de este modo:

—Me he abstenido hasta ahora, mi querida Alice, de continuar la narración de mi vida, debido a que no quería recordarte una escena que (dado que refleja más vergüenza que honor por tu parte) debe ser olvidada, más que recordada.

Alice ya había empezado a ponerse colorada y estaba empezando a hablar, cuando la dama, percibiendo su disgusto, continuó así:

—Me temo, mi querida muchacha, que te he ofendido con lo que acabo de decir; te aseguro que no era mi intención apenarte mediante un recuerdo de lo que ya no se puede evitar; considerándolo todo en su conjunto, no creo que se te deba culpar como mucha gente hace; porque cuando una persona está bebida, no responde de lo que pueda hacer.

—Señora, no hay que ser tan exagerada, e insisto en que...

—Mi querida muchacha, no te molestes por este asunto; te aseguro que lo he perdonado todo; de hecho, no estaba enfadada en el momento, porque lo veía claro: estabas borracha, como una cuba. Sabía que no podías evitar decir las cosas tan extrañas que dijiste. Pero veo que te aflijo, así que cambiaré de tema y desearé que

nunca más vuelva a ser mencionado; recuerda que está todo olvidado. Seguiré ahora con mi historia; pero debo insistir en que no te daré ninguna descripción de la señora Watkins; sólo serviría para reavivar viejas historias y, como nunca la has visto, ha de darte igual que su frente fuese demasiado alta, sus ojos muy pequeños, o si tenía demasiado color.

—¡Otra vez!, Lady Williams: esto es demasiado.

Tan irritada estaba la pobre Alice con esta reanudación de la vieja historia, que no sé qué consecuencias habría tenido si la atención de ambas no hubiese estado ocupada en otro objeto. Una adorable joven estirada, aparentemente muy dolorida, bajo un limonero era algo demasiado interesante como para no atraer la atención. Olvidando su propia discusión, ambas avanzaron hacia ella con una ternura compasiva, y la abordaron en estos términos:

—Parece, bella ninfa, que se está arrastrando por alguna desgracia que estaríamos encantadas de aliviar, si nos informase de qué se trata. ¿Nos honraría contándonos su vida y milagros?

—De muy buena gana, señoras mías, si fuesen tan amables de sentarse.

Tomaron entonces asiento y ella comenzó de este modo.

Capítulo cinco

—Soy nativa del norte de Gales, y mi padre es uno de los sastres más importantes de allí. Puesto que tenía una familia numerosa, una hermana de mi madre, que es una viuda con buenas rentas y que tiene una taberna en el pueblo al lado del nuestro, le convenció con facilidad para que le permitiese quedarse conmigo y criarme corriendo ella con los gastos. Por consiguiente, he vivido con ella durante los últimos ocho años de mi vida, tiempo durante el cual me proporcionó algunos maestros de primera, quienes me enseñaron todas las dotes requeridas para alguien de mi sexo y de mi alcurnia. A través de sus enseñanzas, aprendí baile, música, dibujo y varias lenguas, gracias a lo cual me volví más dotada que ninguna otra hija de sastre en Gales. Nunca hubo criatura más feliz que yo hasta que en el último medio año... Pero debería haberles dicho antes que la finca principal en nuestra vecindad pertenece a Charles Adams, el propietario de la casa de ladrillo que ven allí.

—¡Charles Adams! —exclamó la asombrada Alice—, ¿conoce a Charles Adams?

—Para mi desgracia, señora, lo conozco. Vino hace aproximadamente medio año a cobrar el alquiler de la finca que acabo de mencionar. Esa fue la primera vez que lo vi; como parece, señora, que también lo conoce, no necesito describirle lo encantador que es. No pude resistirme a su atractivo...

—¡Ay!, ¿y quién podría hacerlo? —dijo Alice con un profundo suspiro.

—Mi tía, que mantenía una íntima relación con su cocinera, conformemente a mi petición, decidió descubrir, por medio de su amiga, si había alguna oportunidad de que él correspondiese a mi afecto. Con este propósito fue una tarde a tomar té con la señora Susan, quien, en el transcurso de la conversación, mencionó la bondad de su casa y la bondad de su amo; tras lo cual mi tía comenzó a sacarle información con tanta destreza que, en poco tiempo, Susan confesó que no creía que su amo se casase nunca «porque —según dijo— me ha manifestado una y otra vez que su mujer, quienquiera que fuese, debería poseer juventud, belleza, cuna, ingenio, mérito y dinero. Muchas veces he intentado —continuó— hacerle razonar sobre su decisión y convencerle de las pocas probabilidades que hay de que conozca algún día a una mujer así; pero mis argumentos no han surtido efecto y él continúa tan firme como siempre en su decisión». Pueden imaginarse, señoras, mi angustia al oír esto; puesto que yo temía que, a pesar de contar con juventud, belleza, ingenio, y mérito, y aunque

era la heredera más probable de la casa y negocios de mi tía, él me considerara de baja alcurnia y, por tanto, indigna de casarme con él.

»Sin embargo, estaba decidida a hacer un valiente intento, y por lo tanto, le escribí una amabilísima carta, ofreciéndole con gran ternura mi mano y mi corazón. Recibí como respuesta un airado y definitivo rechazo; pero creyendo que sería más resultado de su modestia que otra cosa, le volví a insistir acerca del asunto. Pero nunca más respondió a ninguna de mis cartas y muy poco después se fue del país. Tan pronto como me enteré de su partida, le escribí aquí, informándole de que le haría el honor de esperarle en Pammydiddle, a lo cual no recibí respuesta; por lo tanto, pensando que el que calla otorga, me fui de Gales sin que lo supiera mi tía, y llegué aquí esta mañana, tras un tedioso viaje. Preguntando por su casa, me mandaron a través de este bosque a la que allí veis. Con el corazón eufórico por la esperada felicidad de poder contemplarle, me introduje en él, y, de este modo, fui avanzando bastante en mi camino, cuando me vi repentinamente detenida por la pierna y, examinando la causa de esto, vi que me había enganchado en una de las trampas de acero, tan comunes en tierras de caballeros.

—¡Ah! —gritó Lady Williams—, qué afortunadas somos de encontrarla; puesto que de otro modo, podíamos haber compartido la misma desgracia...

—En efecto es oportuno para ustedes, señoras, que haya pasado yo poco antes que ustedes. Grité, como pueden fácilmente imaginar, hasta que el bosque devolvió el eco, y hasta que uno de los inhumanos sirvientes del miserable vino en mi ayuda y me liberó de mi horrible prisión, pero no antes de que una de mis piernas se rompiera completamente.

Capítulo seis

Una vez oído el triste relato, los bellos ojos de Lady Williams se llenaron de lágrimas y Alice no pudo evitar exclamar:

—¡Oh!, cruel Charles, que hieres los corazones y piernas de todas las mujeres justas.

Entonces Lady Williams la interrumpió y observó que la pierna de la joven debía ser curada sin más dilación. Por lo tanto, tras examinar la fractura, se puso manos a la obra y llevó a cabo la operación con gran habilidad, lo que resultaba ser de lo más maravilloso si se tiene en cuenta que nunca había hecho nada semejante. Lucy se levantó entonces del suelo y, viendo que podía andar con la mayor facilidad, las acompañó a casa de Lady Williams, de acuerdo con la petición de la dama.

La figura perfecta, la hermosa cara y los modales elegantes de Lucy se ganaron de tal modo el afecto de Alice, que cuando se separaron, lo cual no ocurrió hasta después de la cena, le aseguró que, exceptuando a su padre, hermano, tíos, tías, primos y otros parientes, Lady Williams, Charles Adams y una pequeña docena de amigos especiales, la quería a ella más que a ninguna otra persona en el mundo.

Esta aduladora afirmación respecto a ella le habría producido gran placer a la propia interesada, si no se hubiese dado claramente cuenta de que la amable Alice había estado dándole alegremente al clarete de Lady Williams.

La dama (cuya perspicacia era enorme) leyó en el inteligente rostro de Lucy sus pensamientos al respecto, y tan pronto como la señorita Johnson se hubo marchado, se dirigió a ella de este modo:

—Cuando conozcas más íntimamente a mi Alice, no te sorprenderá, Lucy, ver a la querida criatura beber demasiado, puesto que estas cosas ocurren cada día. Ella tiene muchas cualidades poco frecuentes y encantadoras, pero la sobriedad no es una de ellas. Toda su familia es una triste pandilla de borrachos. También siento decir que nunca conocí tres jugadores tan empedernidos como ellos, y muy especialmente Alice. Pero es una chica encantadora. No creo que sea uno de los caracteres más dulces del mundo; para ser sincera, ¡la he visto en cada arrebatado de pasión! Sin embargo es una joven dulce. Estoy segura de que te gustará. Apenas conozco a nadie tan amable. ¡Oh! ¡Si la hubieses podido ver la otra noche! ¡Cómo despotricó!, ¡y por qué nimiedad! ¡Es, en efecto, una muchacha agradabilísima! ¡Siempre la querré!

—Parece, por el relato de la dama, tener muchas buenas cualidades —respondió Lucy.

—¡Oh! Miles... —respondió Lady Williams—, aunque siento debilidad por ella y quizá estoy ciega, por mi cariño, ante sus defectos reales.

Capítulo siete

La mañana siguiente las tres señoritas Simpson fueron a visitar a Lady Williams, quien las recibió con la mayor educación y les presentó a Lucy, quien le gustó tanto a la mayor que, al irse, declaró que su única ambición era que las acompañase la mañana siguiente a Bath, donde iban a pasar unas semanas.

—Lucy —dijo Lady Williams— está en su derecho, y si decide aceptar una invitación tan amable espero que no dude debido a algún motivo de delicadeza para conmigo. De hecho, no sé si yo podré ir con ella algún día. Nunca ha estado en Bath y debo pensar que sería una de las excursiones más agradables para ella. Habla, mi amor —continuó, volviéndose hacia Lucy—, ¿qué dices acerca de acompañar a estas damas? Seré desdichada sin ti..., pero será uno de tus viajes más agradables..., espero que vayas; si vas, estoy segura de que será mi muerte... pero te ruego que te dejes convencer.

Lucy pidió permiso para rechazar el honor de acompañarlas, con muchas expresiones de gratitud por la extrema educación de la señorita Simpson al invitarla.

La señorita Simpson parecía muy decepcionada por su negativa. Lady Williams insistió en que fuese; declaró que nunca la perdonaría si no lo hacía, y que no sobreviviría si lo hacía y, en pocas palabras, utilizó unos argumentos tan persuasivos que al final se decidió que debía ir. A la mañana siguiente, las señoritas Simpson la llamaron a las diez, y Lady Williams pronto tuvo la satisfacción de recibir de su joven amiga la agradable noticia de que habían llegado a Bath sin percances.

Puede que sea adecuado volver ahora al héroe de esta novela, el hermano de Alice, de quien creo que apenas he tenido ocasión de hablar; quizá se deba, en parte, a su desafortunada propensión al alcohol, lo cual le privaba completamente del uso de aquellas facultades de las que la naturaleza le había dotado, y explica que nunca hiciera nada digno de mención. Su muerte llegó poco después de la partida de Lucy y fue la consecuencia natural de su práctica perniciosa. A causa de su fallecimiento, su hermana se convirtió en la única heredera de una fortuna muy grande, lo cual, como le daba nuevas esperanzas de convertirse en una esposa aceptable para Charles, no dejó de ser de lo más agradable para ella; y dado que el efecto fue de alegría, la causa apenas pudo ser lamentada.

Viendo que la intensidad de su afecto hacia a él aumentaba a diario, finalmente se lo contó a su padre, y le transmitió el deseo de que le propusiesen la unión de ambos a Charles. El padre accedió y propuso una mañana para hablarle del asunto al joven. Al ser el señor Johnson un hombre de pocas palabras, su cometido pronto fue llevado a cabo, y la respuesta que recibió fue la siguiente:

—Señor, quizá se espere de mí que parezca satisfecho y agradecido por la oferta que me ha hecho: pero déjeme decirle que la considero una afrenta. Me considero a mí mismo, señor, una absoluta belleza; ¿dónde verá mejor figura o cara más encantadora? Además, señor, pienso que mis modales y mi discurso son de la más exquisita clase; existe cierta elegancia, una peculiar dulzura en ellos que nunca vi igualadas, y que no puedo describir. Modestia aparte, soy seguramente más experto en toda lengua, toda ciencia, todo arte y todo lo demás que ninguna otra persona en Europa. Mi humor es constante, mis virtudes innumerables, y mi persona sin parangón. Puesto que así es mi carácter, señor, ¿qué pretende deseando que me case con su hija? Déjeme darle una descripción de usted y de ella. Le considero a usted, señor, muy buen hombre en general pero un poco borrachín, para serle sincero, aunque eso no significa nada para mí. Su hija, señor, no es ni suficientemente guapa, ni suficientemente amable, ni suficientemente ingeniosa, ni suficientemente rica para mí. No espero nada más de mi mujer que lo que mi mujer pueda encontrar en mí: la perfección. Estas, señor, son mis opiniones, y estoy orgulloso de tenerlas. Tengo una sola amiga y la gloria de tener sólo una. Actualmente está preparando la cena, pero si decide verla, vendrá y le informará de que éstas han sido siempre mis opiniones.

El señor Johnson quedó satisfecho y declarándose muy agradecido ante el señor Adams por el retrato con que había honrado a él y a su hija, se fue.

La pobre Alice, al recibir de su padre el triste relato del poco éxito que había tenido la visita, apenas pudo soportar la decepción. Corrió a su botella y pronto todo estuvo olvidado.

Capítulo ocho

Mientras estos asuntos se estaban desarrollando en Pammydiddle, Lucy estaba conquistando todos los corazones de Bath. Una estancia de dos semanas allí había prácticamente borrado de su memoria la seductora figura de Charles. El recuerdo de lo que su corazón antiguamente había sufrido a causa de sus encantos, y la pierna en la trampa de él, le permitió olvidarle con bastante facilidad, que fue lo que ella decidió hacer; y con ese fin, dedicaba cinco minutos cada día a la tarea de apartarlo de su recuerdo.

Su segunda carta a Lady Williams contenía la agradable noticia de que había llevado a cabo su empresa con entera satisfacción; mencionó también una proposición de matrimonio que había recibido del Duque de..., un anciano de buena fortuna cuya mala salud fue el principal aliciente para su viaje a Bath.

Estoy angustiada —continuaba— por saber si quiero aceptarle o no. Existen miles de ventajas derivadas de un matrimonio con el duque, porque además de las menores como son la alcurnia y la fortuna, me procurará una casa, que es lo que más deseo sobre todas las cosas. El amable deseo de su señoría de que siempre permanezca a su lado es noble y generoso, pero no puedo imaginarme convertirme en una carga tal para alguien a quien tanto amo y estimo. El que uno sólo haya de recibir muestras de estima de aquéllos a los que uno desprecia es una idea inculcada en mi mente por mi respetable tía en mis primeros años, y, en mi opinión, no debe mantenerse demasiado estrictamente. La excelente mujer de la que hablo está, según he oído, demasiado indignada por mi imprudente partida de Gales como para recibirme de nuevo. Deseo lo más encarecidamente posible dejar a las damas con las que ahora estoy. La señorita Simpson es, de hecho, (dejando a un lado la ambición) muy amable, pero su hermana mediana, la envidiosa y malvada Sukey, es muy desagradable para convivir. Tengo razones para pensar que la admiración con la que me he encontrado en los círculos de los notables de este lugar ha provocado su odio y envidia; ya que a menudo me ha amenazado y a veces ha intentado cortarme el cuello. Por eso su señoría entenderá que no estoy equivocada al desear irme de Bath y al desear tener una casa que me reciba, cuando lo haga. Esperaré con impaciencia su consejo acerca del duque. Su más que agradecida

Lucy

Lady Williams envió su opinión sobre el asunto de la siguiente manera:

¿Por qué dudas, mi queridísima Lucy, un solo momento con respecto al duque? He indagado sobre su persona y he encontrado que es un hombre carente de principios y analfabeto. ¡Mi Lucy nunca debe unirse a alguien así! Tiene una espléndida fortuna que aumenta cada día. ¡Cuán noblemente la gastarías! ¡Cuánto reconocimiento le darás a los ojos de todos! ¡Cuánto se le respetará gracias a su esposa! Pero ¿por qué?, mi querida Lucy, ¿por qué no decides este asunto de una vez volviendo conmigo y no dejándome nunca más? Aunque admiro tus nobles opiniones respecto a las consideraciones que mencionas, déjame pedirte que éstas no impidan que me hagas feliz. Para serte sincera, supondría un gran gasto el tenerte siempre conmigo —no sería capaz de mantenerlo—, ¿pero qué es eso comparado con la felicidad que experimentarías en tu compañía? Sé que me arruinará. Por lo tanto, seguramente no te resistirás a estos argumentos ni rechazarás volver a tu más afectuosa, etc, etc...

C. Williams

Capítulo nueve

Cuál habría sido el efecto del consejo de la dama si Lucy lo hubiese aceptado es algo difícil de saber, ya que llegó a Bath pocas horas después de que Lucy hubiera exhalado su último suspiro. Murió como sacrificio de la envidia y malicia de Sukey, quien, celosa de sus superiores encantos, se la llevó con veneno de un mundo que la había admirado, a la edad de diecisiete años.

Así murió la amable y adorable Lucy, cuya vida no estaba marcada por crimen alguno, ni teñida por mancha alguna excepto su imprudente partida de casa de su tía, y cuya muerte fue sinceramente lamentada por todo aquel que la conoció. Entre sus amigos más afligidos estaban Lady Williams, la señorita Johnson y el duque; de los cuales, las dos primeras tenían el más sincero respeto por ella, más especialmente Alice, que había pasado una tarde entera en su compañía y no había vuelto a pensar en ella desde entonces. La aflicción de su ilustrísimo puede ser igualmente justificada con facilidad, puesto que perdió a una por quien, durante los últimos diez días, había sentido un tierno afecto y un sincero respeto. El duque lloró pues su pérdida con una constancia inquebrantable durante las dos semanas siguientes, a cuyo término él complació la ambición de Caroline Simpson ascendiéndola a la categoría de duquesa. De este modo se le hizo a ella finalmente feliz mediante la satisfacción de su pasión favorita. Su hermana, la pérfida Sukey, fue poco después igualmente gratificada de un modo que realmente se merecía, y que parecía, por sus actos, haber deseado siempre. El bárbaro asesinato fue descubierto y, al no tener un amigo que intercediera, fue rápidamente conducida a la horca. La hermosa pero afectada Cecilia era demasiado consciente de sus propios y superiores encantos como para creer que podía comprometerse con un duque: podría aspirar sin el menor impedimento al afecto de algún príncipe, y, sabiendo que aquellos de su país natal estaban de lo más comprometidos, se fue de Inglaterra y desde entonces he oído que actualmente es la sultana favorita del gran mogol...

Entretanto, los habitantes de Pammydiddle estaban en un estado de gran asombro y desconcierto, ya que circulaba un rumor acerca del pretendido matrimonio de Charles Adams. El nombre de la dama todavía era un secreto. El señor y la señora Jones pensaban que sería la señorita Johnson, pero ella tenía mejor información, y

todos sus miedos estaban centrados en la cocinera de Charles, cuando, para el asombro de todos, éste se unió públicamente a Lady Williams.

Henry y Eliza

La dedica humildemente a la señorita Cooper su agradecida y humilde servidora

La autora.

Mientras Sir George y Lady Harcourt estaban supervisando el trabajo de sus segadores, recompensando la aplicación de algunos con sonrisas de aprobación, y castigando la holgazanería de otros con una vara, vieron tendida y muy oculta bajo el denso follaje de un almiar a una hermosa niña de no más de tres meses de edad.

Conmovidos por la gracia encantadora del rostro y encantados con las infantiles, aunque enérgicas respuestas que dio a sus numerosas preguntas, decidieron llevársela a casa, y como no tenían hijos propios, educarla con esmero y corriendo con todos los gastos.

Como eran buenas personas, su preocupación primera y principal fue inculcarle un amor por la virtud y un odio por los vicios, lo cual les salió tan bien (la propia Eliza tenía una predisposición natural en ese sentido) que cuando creció, la niña se convirtió en una delicia para todo aquel que la conocía.

Amada por Lady Harcourt, adorada por Sir George y admirada por el mundo entero, vivió en una continua felicidad ininterrumpida hasta que cumplió los dieciocho, momento en el que, al ser descubierta robando un billete de cincuenta libras, fue puesta de patitas en la calle por sus inhumanos benefactores. A alguien que no poseyera un espíritu tan noble y elevado como el de Eliza, esa transición le hubiese supuesto la muerte, pero ella, feliz y consciente de su propia excelencia, se divirtió sentándose bajo un árbol, componiendo y cantando los siguientes versos:

Canción

Aunque mil desgracias haya de sufrir
espero no necesitar jamás a ningún amigo
pues siempre tendré un corazón inocente conmigo
y nunca jamás de la virtud habré de huir

Habiéndose divertido unas horas con esta canción y sus propias y agradables reflexiones, se levantó y tomó rumbo a M., un pequeño pueblo comerciante, de donde era su más íntima amiga, quien regentaba El León Rojo.

Inmediatamente fue en busca de esta amiga, a quien, tras haberle contado su pasada desgracia, le comunicó su deseo de entrar en una familia en calidad de humilde acompañante.

La señora Wilson, que era la criatura más amable de la tierra, tan pronto como conoció su deseo, se sentó en el mostrador y escribió la siguiente carta a la duquesa de F., la mujer que más estimaba entre todas.

A la duquesa de F.

Reciba en su familia, a petición mía, a una joven de carácter excepcional, que es tan buena como para elegir ser su acompañante en lugar de buscar ser sirvienta. Apresúrese y tómela de los brazos de su

Sarah Wilson.

La duquesa, por cuya amistad con la señora Wilson habría hecho todo lo imaginable, se sintió rebosante de alegría ante tal oportunidad de hacerle un favor a su amiga y, por ello, tras recibir la carta se puso en marcha inmediatamente en dirección al León Rojo, donde llegó esa misma tarde. La duquesa de F. tenía unos cuarenta y cinco años y medio; sus pasiones eran fuertes, sus amistades firmes, y sus enemistades invencibles. Era viuda y tenía una sola hija, que estaba a punto de casarse con un joven de una fortuna considerable.

Tan pronto como la duquesa contempló a nuestra heroína, le echó los brazos alrededor del cuello y le dijo que se encontraba tan contenta con ella, que estaba decidida a que no se separasen ya nunca. Eliza estaba encantada con tal declaración de amistad y, tras despedirse lo más afectuosamente posible de la señora Wilson, a la mañana siguiente acompañó a la dama a su residencia en Surrey.

Con todas las expresiones posibles de respeto, la duquesa se la presentó a Lady Harriet, quien se puso tan contenta con su aparición que le rogó la considerase como una hermana, lo que Eliza, con la mayor condescendencia, prometió hacer.

Al estar el señor Cecil —el amante de Lady Harriet— a menudo con la familia, estaba también a menudo con Eliza. Un enamoramiento mutuo se produjo y Cecil, que lo había declarado el primero, convenció a Eliza para que accediese a una unión privada, la cual era fácil de llevar a cabo, puesto que al estar el mismo capellán de la duquesa muy enamorado de Eliza, estaban seguros de que haría lo que fuese para hacerles un favor.

Estando una velada la duquesa y Lady Harriet comprometidas para asistir a una reunión, ellos aprovecharon la oportunidad de dicha ausencia y fueron casados por el enamorado capellán.

Cuando volvieron las damas, su asombro fue enorme al encontrar en lugar de Eliza la siguiente nota:

Señora:

Nos hemos casado y marchado.

Henry y Eliza Cecil.

La señora de la casa, tan pronto como leyó la carta, que explicaba suficientemente todo el asunto, cayó en el más violento de los arrebatos y, tras pasar una buena media hora llamándoles las peores cosas que su rabia pudo sugerirle, mandó tras ellos a trescientos hombres armados, con la orden de no regresar sin sus cuerpos, vivos o muertos; con la intención de que, si le fuesen traídos en la primera de las condiciones los mataría con algún tipo de tortura, tras algunos años de reclusión.

Entretanto, Henry y Eliza continuaron su fuga hacia el continente, el cual consideraban más seguro que su tierra natal, pensando en las horribles consecuencias de la venganza de la duquesa, lo que con tanta razón tenían de recelar.

Se quedaron tres años en Francia, durante los cuales fueron padres de dos niños, y al final de este periodo Eliza quedó viuda sin nada para mantenerse a sí misma ni a sus hijos. Desde el momento de su matrimonio habían vivido a razón de 18 000 libras al año, pero al ser el patrimonio del señor Cecil bastante menos de la veinteva parte de dicha cantidad, no habían sido capaces de ahorrar sino una nimiedad, pues habían vivido al límite de sus ingresos.

Siendo Eliza perfectamente consciente de la precariedad de su hacienda, inmediatamente tras la muerte de su marido zarpó rumbo a Inglaterra en un barco de guerra de cincuenta y cinco cañones que habían construido en sus días más prósperos. Pero tan pronto como pisó tierra firme en Dover, con un niño en cada mano, fue capturada por los oficiales de la duquesa y llevada a la acogedora y pequeña Newgate propiedad de la dama, que ésta había hecho construir para la recepción de sus propios prisioneros privados.

En cuanto Eliza entró en el calabozo, el primer pensamiento que le vino a la cabeza fue cómo salir de allí.

Se acercó a la puerta, pero estaba cerrada. Miró a la ventana, pero estaba cruzada con barras de hierro; frustrada en ambas esperanzas, estaba a punto de desesperar de su fuga cuando, afortunadamente, vio en una esquina de su celda una pequeña sierra y una escalera de cuerda. Se puso al instante a trabajar con la sierra, y en pocas semanas había cortado todos los barrotes salvo uno, al cual ató la escalera.

Entonces apareció una dificultad que, durante unos momentos, no supo cómo sortear. Sus hijos eran demasiado pequeños para bajar la escalera por sí mismos, y tampoco le era posible a ella cogerlos en sus brazos mientras lo hacía. Finalmente decidió arrojar toda su ropa, que tenía en gran cantidad y, habiéndoles dado orden estricta de no hacerse daño, tiró a sus hijos tras la ropa. Ella descendió con facilidad por la escalera, al final de la cual tuvo el placer de encontrar a sus hijitos en perfecto estado de salud y profundamente dormidos.

Entonces se vio en la fatal necesidad de vender su guardarropa para la preservación tanto de sus hijos como de sí misma. Con lágrimas en los ojos, se separó

de las últimas reliquias de su antiguo esplendor, y con el dinero que obtuvo de ellas compró otras más útiles, algunos juguetes para sus hijos y un reloj de oro para ella.

Pero apenas estuvo provista de todo lo necesario que he mencionado, empezó a sentir bastante hambre y tuvo razones para pensar, a causa de los mordiscos en dos de sus dedos, que sus hijos se hallaban en la misma situación.

Para remediar estas inevitables desgracias, decidió volver a buscar a sus viejos amigos Sir George y Lady Harcourt, de cuya generosidad se había beneficiado tan a menudo y esperaba beneficiarse tan a menudo en el futuro.

Tenía aproximadamente que viajar cuarenta millas antes de llegar a la acogedora mansión, y tras caminar treinta sin parar, se encontró en la entrada de una ciudad, donde en tiempos más felices, solía acompañar a Sir George y a Lady Harcourt a comer platos fríos en alguna de las posadas.

Las reflexiones que le proporcionaron sus aventuras desde la última vez que había participado en estas alegres francachelas ocuparon su mente durante algún tiempo mientras se sentaba en los escalones de la puerta de la casa de un caballero. Tan pronto estas reflexiones se acabaron, se levantó y decidió ocupar su puesto en la misma posada que recordaba con tanto deleite, de cuyos clientes esperaba recibir, mientras iban y venían, una propina caritativa.

Acababa de llegar al patio de la posada antes de que un carruaje saliese de él, cuando, girando en la esquina donde ella estaba colocada, paró para darle al cochero la oportunidad de admirar la belleza del panorama. Entonces Eliza avanzó hacia el carruaje y estuvo a punto de pedir caridad, pero clavando sus ojos en la mujer que estaba dentro, exclamó:

—¡Lady Harcourt!

A lo que la mujer respondió:

—¡Eliza!

—Sí, señora, la desdichada Eliza en persona.

Sir George, que también se encontraba en el carruaje, pero demasiado sorprendido para hablar, se disponía a pedirle a Eliza una explicación sobre la situación en la que se encontraba, cuando Lady Harcourt, en un ataque de alegría, exclamó:

—¡Sir George, Sir George, no es sólo Eliza, nuestra hija adoptiva, sino nuestra verdadera hija!

—¡Nuestra verdadera hija! ¿Qué quiere decir, Lady Harcourt? Sabe que nunca tuvo hijos. Le pido una explicación, se lo suplico.

—Ha de recordar, Sir George, que cuando zarpó a América me dejó embarazada.

—Sí, sí, continúa querida Pollo.

—Cuatro meses después de que os fuerais, me fue entregada esta niña, pero temiendo vuestro justo resentimiento al resultar no ser el chico que deseabais, la llevé a un almiar y la tendí allí. Pocas semanas después volvisteis y, afortunadamente para

mí, no hicisteis preguntas sobre el asunto. Satisfecha con el bienestar de mi hija, pronto olvidé que tenía una hija. Tanto fue así que, cuando poco después la encontramos en el mismo almiar en el que la había dejado, ya no me acordaba de que fuese mía más de lo que vos os acordabais, y me atreveré a decir que nada me habría devuelto el suceso a la memoria salvo el escuchar su voz ahora de esta manera, que me parece el perfecto doble de mi propia hija.

—El relato racional y convincente que habéis hecho de todo el asunto —dijo Sir George— no deja lugar a dudas de que es nuestra hija y, como tal, perdono abiertamente el robo del que fue culpable.

Una mutua reconciliación tuvo lugar entonces y Eliza, subiendo al carruaje con sus dos hijos, regresó a esa casa de la que había estado ausente cerca de cuatro años.

En cuanto volvió a disfrutar de su antiguo poder en Harcourt Hall, reunió un ejército con el que demolió por completo el Newgate de la duquesa, acogedor como era, y mediante ese acto se ganó la bendición de miles de personas y los aplausos de su propio corazón.

Míster Harley

Un cuento corto, pero interesante, dedicado con todo el respeto imaginable al señor Francis William Austen, aspirante a oficial de marina a bordo del barco de su majestad, el Perseverancia, por su humilde servidora

La autora.

Míster Harley era uno de varios hermanos. Destinado por su padre a la Iglesia, y por su madre al mar, y deseoso de agradar a los dos, convenció a Sir John de conseguirle un puesto de capellán a bordo de un buque de guerra. Y de acuerdo con esto, se cortó el pelo y navegó.

Medio año después volvió y partió en el carruaje que iba a Hogsworth Green, el lugar donde vivía Emma. Sus compañeros de viaje eran un hombre sin sombrero, otro con dos, una solterona y una recién casada.

Esta última aparentaba unos diecisiete años, tenía unos finos ojos negros y una elegante figura. En pocas palabras, míster Harley pronto descubrió que era su Emma y recordó que se había casado con ella pocas semanas antes de irse de Inglaterra.

Sir William Montague

Una obra inacabada dedicada al señor Charles John Austen por su agradecida y humilde servidora,

La autora.

Sir William Montague era el hijo de Sir Henry Montague, que era el hijo de Sir John Montague, un descendiente de Sir Christopher Montague, que era el sobrino de Sir Edward Montague, cuyo antepasado fue Sir James Montague, un pariente cercano de Sir Robert Montague, quien heredó el título y los bienes de Sir Frederic Montague.

Sir William tenía alrededor de diecisiete años cuando su padre murió y le dejó una buena fortuna, una casa antigua y un parque bien provisto de ciervos. No llevaba Sir Williams mucho tiempo en posesión de su patrimonio cuando se enamoró de las tres señoritas Clifton de Kilhoobery Park. Estas damiselas eran las tres igual de jóvenes, igual de guapas, igual de ricas e igual de amables. Sir William estaba enamorado de todas por igual y, al no saber a cuál de ellas prefería, se marchó de la región y se alojó en un pequeño pueblo cerca de Dover.

En este retiro, al que se había retirado con la esperanza de encontrar protección frente a las punzadas del amor, se enamoró de una joven viuda de bien, que vino a cambiar de aires al mismo pueblo tras la muerte de un marido al que siempre había amado tiernamente y al que ahora lloraba sinceramente.

Lady Percival era joven, dotada y encantadora. Sir William la adoraba y ella consintió convertirse en su esposa. Presionada con vehemencia por Sir William para fijar el día en el que la conduciría al altar, finalmente se decidió por el lunes siguiente, que era uno de septiembre. Sir William era un pez gordo y no podía soportar la idea de perder un día como ése, incluso si se debía a ese motivo. Le pidió retrasar la boda un poco. Lady Percival se enfureció y regresó a Londres la mañana siguiente.

A Sir William le entristecía el haberla perdido, pero como sabía que se habría sentido más apenado por la pérdida del uno de septiembre, no le faltó a su pena una mezcla de felicidad, y su aflicción fue considerablemente compensada por su alegría.

Tras quedarse en el pueblo unas pocas semanas más, se marchó y se fue a casa de un amigo, en Surry. El señor Brudenell era un hombre razonable y tenía una hermosa sobrina de la que Sir William pronto se enamoró. Pero la señorita Arundel era cruel: prefería al señor Stanhope: Sir William disparó al señor Stanhope; la dama no tenía, pues, ninguna razón para rechazarle: le aceptó e iban a casarse el 27 de octubre. Pero el 25 Sir William recibió la visita de Emma Stanhope, la hermana de la desafortunada víctima de su rabia. Le suplicó alguna recompensa, alguna expiación por el cruel asesinato de su hermano. Sir William intentó que le dijese su precio. Ella lo fijó en

catorce chelines. Sir William se ofreció a sí mismo y su fortuna. Fueron a Londres al día siguiente y se casaron en privado. Durante dos semanas Sir William fue completamente feliz, pero al ver un día por casualidad a una encantadora joven entrando en un carruaje en Brook Street, se enamoró de nuevo, más intensamente. Cuando preguntó el nombre de su bella desconocida, descubrió que era la hermana de su antigua amiga Lady Percival, de lo cual se alegró muchísimo, ya que esperaba tener, a través de la amistad con su señoría, acceso libre a la señorita Wentworth...

Amelia Webster

Un cuento interesante y bien escrito
que dedica con su permiso
a la señorita Austen
su humilde servidora

La autora.

Carta primera

A LA SEÑORITA WEBSTER

Mi querida Amelia:

Le alegrará enterarse que regresa del extranjero mi amable hermano. Llegó el jueves, y nunca había visto antes una figura más elegante que la suya, salvo la de su sincera amiga

Matilda Hervey



Carta segunda

AL SEÑOR H. BEVERLEY

Querido Beverley:

Llegué aquí el pasado jueves y encontré un caluroso recibimiento por parte de mi padre, madre y hermanas. Las dos últimas son unas chicas elegantes, especialmente Maud, quien creo que sería una esposa bastante buena para ti. ¿Qué dices a eso? Tendrá dos mil libras, además de todo lo que tú puedas conseguir. Si no te casas con ella, ofenderás mortalmente a

George Hervey

Carta tercera

A LA SEÑORITA HERVEY

Querida Maud:

Créeme, estoy contenta de enterarme de la llegada de tu hermano. Tengo miles de cosas que contarte, pero mi papel sólo me permite añadir que soy tu amiga afectuosa

Amelia Webster

Carta cuarta

A LA SEÑORITA S. HERVEY

Querida Sally:

He encontrado un roble convenientemente hueco donde guardar nuestras cartas ya que, como sabes, llevamos mucho tiempo manteniendo una correspondencia privada. Está aproximadamente a una milla de mi casa y a siete de la tuya. Quizá pienses que debería haber elegido un árbol que estuviese a una distancia más equitativa. Me percaté de esto en su momento pero, como consideraba que el paseo sería beneficioso para tu débil e incierto estado de salud, preferí éste a otro que estuviera más cerca de tu casa. Tu fiel

Benjamin Bar

Carta quinta

A LA SEÑORITA HERVEY

Te escribo para informarte de que no paré en tu casa cuando iba de camino a Bath el lunes pasado. Además, tengo muchas cosas que contarte, pero mi papel me recuerda que debo concluir y créeme cuando te digo que soy tuya siempre, etc.

Amelia Webster

Carta sexta

A LA SEÑORITA WEBSTER

Sábado

Señora:

Un humilde admirador se dirige a usted. La vi, adorable belleza, el último lunes, cuando pasaba por delante de nuestra casa en su camino a Bath. La vi a través de un telescopio y sus encantos me sorprendieron de tal forma que desde ese momento hasta ahora no he probado la comida humana.

George Hervey

Carta séptima

A JACK

Esta mañana, cuando estaba desayunando me trajeron el periódico y, en la lista de matrimonios, leí lo siguiente:

El señor George Hervey con la señorita Amelia Webster

El señor Henry Beverley con la señorita Hervey

y

El señor Benjamin Bar con la señorita Sarah Hervey

tuyo,

Tom.

La visita

UNA COMEDIA EN DOS ACTOS

Dedicada al reverendo James Austen.

Señor,

La siguiente obra de teatro, la cual encomiendo humildemente a su protección y patrocinio, aunque inferior a esas célebres comedias llamadas «La escuela de los celos» y «El viajero», logrará —espero— proporcionarle algo de diversión a un coadjutor tan respetable como usted, lo que era el propósito, al componerla, de su humilde servidora

La Autora



DRAMATIS PERSONAE

Sir Arthur Hampton
Lady Hampton
Lord Fitzgerald
Miss Fitzgerald
Stanly
Sophy Hampton
Willoughby, el sobrino de Sir Arthur
Cloe Willoughby

Las escenas suceden en la casa de Lord Fitzgerald.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA, UN SALÓN.

Entran Lord Fitzgerald y Stanly

STANLY:

Primo, a tu servicio.

FITZGERALD:

Stanley, buenos días. Espero que durmieses bien anoche.

STANLY:

Extraordinariamente bien, gracias.

FITZGERALD:

Temo que encontrases tu cama demasiado pequeña. Fue comprada en los tiempos de mi abuela, que era una mujer muy bajita, y se aseguraba de que todas sus camas se adaptasen a su estatura, ya que nunca quiso tener compañía alguna en la casa a causa de un desafortunado defecto en el habla, pues era consciente de que resultaba muy desagradable a sus huéspedes.

STANLY:

No te excuses más, querido Fitzgerald.

FITZGERALD:

No te agobiaré con tanta urbanidad; sólo te pido que te sientas como en tu casa. Recuerda: «Cuanto más libre, mejor acogido».

Sale Fitzgerald

STANLY:

¡Amable juventud! «Si tus virtudes pudiese imitar, ¡qué feliz destino, el de Stanly!».

Sale Stanly.

ESCENA SEGUNDA

Stanley y la señorita Fitzgerald aparecen.

STANLY:

¿Quién esperas que cene contigo hoy, prima?

SEÑORITA F:

Sir Arthur y Lady Hampton; su hija, sobrino y sobrina.

STANLY:

La señorita Hampton y su prima son guapas, ¿verdad?

SEÑORITA F:

La señorita Willoughby es realmente guapa. La señorita Hampton es una chica elegante, pero no tanto como ella.

STANLY:

¿No está tu hermano encariñado con esta última?

SEÑORITA F:

Sé que la admira, pero creo que nada más. De hecho, le he oído decir que era la chica más guapa, agradable y afable del mundo, y que entre todas las demás, debería preferir a ella como esposa. Pero nunca fue más allá, estoy segura de ello.

STANLY:

Y aun así, mi primo nunca dice nada que no quiera decir.

SEÑORITA F:

Jamás. Nunca. Desde que estaba en la cuna ha sido siempre un fiel partidario de la verdad. Nunca dijo una mentira, sino una vez; pero fue sólo por complacerme. ¡De hecho puedo decir que nunca hubo hermano igual!

Salen por separado.

Fin del acto primero

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA, EN EL SALÓN.

Sillas alineadas en un círculo. Lord Fitzgerald, la señora Fitzgeraldy Stanly, sentados.

Entra un sirviente.

SIRVIENTE:

Sir Arthur y Lady Hampton. Señora Hampton, señor y señora Willoughby.

Sale el sirviente.

Entra el grupo.

SEÑORITA F:

Espero tener el placer de encontrar bien a sus señorías. Sir Arthur, a su servicio. Suya, señor Willoughby. Querida Sophy, querida Cloe...

Se presentan sus respetos por turnos.

SEÑORITA F:

Les ruego que tomen asiento.

Se sientan.

¡Bendita sea! Debería haber ocho sillas y sólo hay seis. Sin embargo, si su señoría fuese tan amable de tomar a Sir Arthur en su regazo, y Sophy a mi hermano en el suyo, creo que podremos arreglarlo más o menos.

LADY H:

¡Oh! Será un placer...

SOPHY:

Le pido a su señoría que se siente.

SEÑORITA F:

Me duele mucho tener que hacinarlos de esta manera, pero como mi abuela (quien compró todos los muebles de esta habitación) nunca tuvo un grupo tan

grande, no consideró necesario comprar más sillas que las que bastaban para su propia familia y dos de sus amigos íntimos.

SOPHY:

Le pido que no se disculpe. Su hermano es muy risueño.

STANLY:

(aparte) ¡Vaya querubín es Cloe!

CLOE:

(aparte) ¡Vaya serafín es Stanly!

Entra un sirviente

SIRVIENTE:

La cena está servida.

Se levantan todos.

SEÑORITA F:

Lady Hampton, señorita Hampton, señorita Willoughby.

Stanly da la mano a Cloe; Lord Fitzgerald a Sophy; Willoughby a la señorita Fitzgerald; y Sir Arthur a Lady Hampton.

Salen.

ESCENA SEGUNDA, EN EL COMEDOR

La señora Fitzgerald en un extremo. Lord Fitzgerald, en el otro. El grupo, distribuido a ambos lados. Los sirvientes, esperando.

CLOE:

Tengo que molestar al señor Stanly por un poco de la carne frita y cebolla.

STANLY:

Oh, señora. Existe un secreto placer en ayudar a una mujer tan amable...

LADY H:

Le aseguro, señor mío, que Sir Arthur nunca toca el vino, pero seguro que Sophy le acompañará con un trago para agradecer a su señoría.

LORD E:

¿Crianza o aguamiel, señorita Hampton?

SOPHY:

Si no le importa, señor, preferiría cerveza caliente con una tostada y nuez moscada.

LORD E:

Dos vasos de cerveza caliente con una tostada y nuez moscada.

SEÑORITA F:

Me preocupa, señor Willoughby, que no coma nada. Me asusta que no encuentre nada a su gusto.

WILLOUGHBY:

¡Oh, señora! No puedo querer nada más mientras haya arenques en la mesa.

LORD F:

Sir Arthur, pruebe estos callos. Creo que no los encontrará malos.

LADY H:

Sir Arthur nunca come callos, son demasiado especiados para él, ya lo sabe, señor mío.

SEÑORITA F:

Llévese el hígado y el cuervo, y traiga el pudín de sebo.

Una pequeña pausa.

SEÑORITA F:

Sir Arthur, ¿no quiere que le dé un poco de pudín?

LADY H:

Sir Arthur nunca come pudín de sebo, señora. Es un plato demasiado fuerte para él.

SEÑORITA F:

¿Nadie va a hacerme el honor de dejarme ayudarlo? Entonces, John, llévate el pudín y trae el vino.

Los sirvientes se llevan las cosas y traen botellas y vasos.

LORD F:

Me gustaría tener algún postre para ofrecerles, pero mi abuela, en su día, destruyó el invernadero con el fin de construir un receptáculo para los pavos y sus materiales, y nunca hemos sido capaces de construir otro que fuese tolerable.

LADY H:

Le ruego, señor, que no se disculpe.

WILLOUGHBY:

Venga, chicas, hagamos circular la botella.

SOPHY:

Una muy buena idea, primo; y la apoyaré con todo mi corazón. Stanley, no estás bebiendo.

STANLY:

Señora, bebo tragos de amor de los ojos de Cloe.

SOPHY:

Eso es un alimento verdaderamente pobre. Venga, bebe a la salud de conocerla mejor.

La señora Fitzgerald va hacia un armario y saca una botella.

SEÑORITA F:

Esto, damas y caballeros, es de fabricación de mi abuela. Sobresalía haciendo vino de grosella. Le pido que lo pruebe, Lady Hampton.

LADY H:

¡Qué refrescante es!

SEÑORA F:

Debo pensar, con el permiso de su señoría, que Sir Arthur podrá probar un poco.

LADY H:

Por nada del mundo. Sir Arthur nunca bebe nada tan fuerte.

LORD F:

Y ahora, mi amable Sophia, acceda a casarse conmigo.

Toma su mano y la conduce al frente.

STANLY:

¡Oh, Cloe! ¿Podría esperar que me bendijeses...?

CLOE:

Sí, lo haré.

SEÑORITA E:

Ya que es usted, Willoughby, el único que queda, no puedo rechazar sus serias peticiones. Tome mi mano.

LADY H:

¡Y todos serán felices!

Las tres hermanas

Al caballero Edward Austen
le dedica respetuosamente
la siguiente novela inacabada
su agradecida y humilde servidora

La autora.

Carta primera:

DE LA SEÑORITA STANHOPE A LA SEÑORITA...

Mi querida Fanny:

Soy la criatura más feliz del mundo, ya que he recibido una oferta de matrimonio por parte del señor Watts. Es la primera que nunca he tenido y apenas sé cómo valorarla. ¡Cómo voy a triunfar sobre las hermanas Dutton! No tengo intención de aceptarla, al menos no lo creo, pero como no estoy muy segura, le di una respuesta ambigua y me fui. Y ahora, mi querida Fanny, quiero tu consejo sobre si debo o no aceptar la oferta; pero para que puedas juzgar las cualidades de él y la situación, te haré un relato de todo ello. Es un hombre bastante mayor, cerca de los treinta y dos años, muy poco atractivo, tan poco atractivo que no soporto mirarle. Es muy desagradable y le odio más que a nadie en el mundo. Tiene una gran fortuna y propondrá una gran dote conmigo; pero también es una persona muy saludable. En pocas palabras, no sé qué hacer. Si le rechazo, me ha dicho que se lo propondría a Sophy, y si ella le rechazaba, a Georgiana, y yo no podría soportar que cualquiera de ellas se casase antes que servidora. Si le acepto, sé que seré desgraciada el resto de mi vida, ya que es cascarrabias y muy malhumorado, extremadamente celoso y tan tacaño que vivir a su lado no sería vida. Me dijo que le mencionaría el asunto a mamá, pero insistí en que no lo hiciera, porque muy probablemente ella me obligaría a casarme con él, quiera o no; pero me temo que lo haya hecho ya, puesto que nunca hace lo que se desea que haga. Creo que he de hacerlo mío. ¡Será tal triunfo el estar casada antes que Sophy, Georgiana y las Dutton!; y él prometió hacerse con un nuevo carruaje para la ocasión, pero casi nos peleamos por el color, puesto que yo insistía en que fuese azul con detalles en plata, y él decía que debía ser simplemente de color chocolate; y, para provocarme más, me dijo que tendría que ser tan bajo como el que ya tiene. No lo haré mío, aquí lo afirmo. Dijo que vendría de nuevo mañana a escuchar mi decisión definitiva, así que creo que debo aceptarle mientras pueda. Sé que las Dutton me envidiarán y podré hacerles de carabina a Sophy y Georgiana en todos los bailes de invierno. Pero de qué servirá luego si, muy probablemente, él no me dejará ir, porque sé que odia bailar, y no se hace a la idea de que a alguien le guste lo que él

odia; y además habla mucho sobre que la mujer debe estar siempre en casa y esa clase de cosas. Creo que no debería casarme con él; le rechazaría al instante si estuviese segura de que ninguna de mis hermanas iba a aceptarle; y que, si ellas no lo hiciesen, no se lo ofrecería a las Dutton. No puedo correr ese riesgo, así que, si me promete encargarse del carruaje como a mí me gusta, lo aceptaré; si no, ya puede ir pensando en viajar solo en él. Espero que te parezca bien mi decisión; no se me ocurre nada mejor;

Tu siempre afectuosa

Mary Stanhope



DE LA MISMA A LA MISMA

Querida Fanny:

Acababa de sellar mi última carta para ti, cuando subió mi madre y me dijo que quería hablar conmigo de un asunto muy especial.

—¡Ah, ya sé! —dije yo—, ese viejo idiota del señor Watts te lo ha contado todo, aunque le pedí que no lo hiciera. Sin embargo, no puedes forzarme a aceptarle si yo no quiero.

—No voy a forzarte, hija; sólo quiero saber cuál es tu decisión respecto a su propuesta, e insistir para que te decidas en uno u otro sentido, porque si tú no la aceptas, Sophy puede que sí lo haga.

—De hecho —respondí apresuradamente—, Sophy no debe preocuparse, porque sí me voy a casar con él.

—Si ésa es tu decisión —dijo mi madre—, ¿por qué temías que forzase tu voluntad?

—Bueno, porque no he decidido si debo aceptarlo o no.

—Eres la chica más rara del mundo, Mary. Lo que dices en un momento dado, lo niegas justo después. Dime de una vez si tienes intención de casarte con el señor Watts o no.

—¡Vaya! Mamá, ¿cómo quieres que te diga lo que ni yo misma sé?

—Pues deseo que lo sepas, y rápido, porque el señor Watts dice que no se va a dejar mantener en vilo.

—Eso dependerá de mí.

—No, no es así; puesto que si no le das tu respuesta definitiva mañana cuando tome el té con nosotras, tiene la intención de hacerle una proposición a Sophy.

—Entonces le diré a todo el mundo que se ha portado muy mal conmigo.

—¿Y eso de qué servirá? El señor Watts ha sido insultado durante demasiado tiempo por todo el mundo como para que le importe ahora.

—Desearía tener un padre o un hermano para que pudieran batirse con él.

—Serían muy astutos si lo lograsen, ya que el señor Watts saldría huyendo antes; y por tanto, debes decidir y decidirás si le aceptas o le rechazas antes de mañana por la tarde.

—¿Pero por qué si lo rechazo tiene que proponérselo a mis hermanas?

—¡Vaya!, pues porque desea pertenecer a la familia, y porque son tan bonitas como tú.

—¿Pero, mamá, se casará Sophy con él si se lo propone?

—Probablemente, ¿por qué no?; sin embargo, si ella decide no hacerlo, Georgiana lo hará, ya que estoy decidida a no dejar escapar una oportunidad como ésta para colocar a una de mis hijas tan provechosamente. Así que aprovecha bien el tiempo; te dejo para que decidas sobre el asunto contigo misma.

Y luego se fue. Lo único que se me ocurre, mi querida Fanny, es preguntarles a Sophy y a Georgiana si lo aceptarían si se lo propusiera a ellas, y si dicen que no, yo le rechazaré también, porque le odio más de lo que te puedas imaginar. En cuanto a las Dutton, si se casa con una de ellas, aún tendré el triunfo de haberlo rechazado yo antes. Así que adiós, mi querida amiga.

Tuya siempre,

M.S.

DE LA SEÑORITA GEORGIANA STANHOPE A LA SEÑORITA XXX

Miércoles

Mi querida Anne:

Sophy y yo hemos estado pergeñando un pequeño engaño para nuestra hermana mayor en el que no estamos completamente de acuerdo, pero las circunstancias eran tales que, si algo puede excusarlo, deben ser éstas. Nuestro vecino, el señor Watts, le ha hecho una propuesta de matrimonio a Mary: propuesta que ella no sabe cómo valorar, ya que, aunque siente especial aversión hacia él (ella no es la única que siente tal cosa), se casaría con él de buena gana antes que arriesgarse a que nos lo propusiera a Sophy o a mí, lo que, en caso de que lo rechazase, él dijo que haría. Debes saber que, puesto que la pobre chica considera el que nos casemos antes que ella una de las mayores desgracias que podrían sucederle, para evitarlo se aseguraría voluntariamente su eterno sufrimiento mediante un matrimonio con el señor Watts. Hace una hora se acercó a nosotras para sacarnos información acerca de nuestras intenciones respecto al asunto, las cuales determinarían las suyas. Poco antes de que viniese, mi madre nos lo había contado, y nos había dicho que no iba a dejarle ir en busca de una esposa fuera de nuestra familia.

—Y por eso —dijo—, si Mary no lo acepta, Sophy debe hacerlo; y si Sophy tampoco, lo hará Georgiana.

¡Pobre Georgiana! Ninguna de nosotras teníamos intención de modificar la decisión de mi madre, la cual, siento decirlo, es más fruto de la obcecación que de la racionalidad. Tan pronto como se hubo ido, sin embargo, rompí el silencio para asegurarle a Sophy que, si Mary rechazaba al señor Watts, no esperaba que ella sacrificase su felicidad convirtiéndose en su esposa por motivo de generosidad hacia mí, cosa que temía que su bondad y su cariño fraternal le inducirían a hacer.

—Deja que nos hagamos ilusiones —dijo ella— pensando que Mary no le rechazará. Pero ¿cómo puedo esperar que mi hermana acepte a un hombre que no puede hacerla feliz?

—Es verdad que él no puede, pero su fortuna, su nombre, su casa, su carruaje, sí que pueden, y no tengo ninguna duda de que Mary se casará con él; de hecho, ¿por qué no lo haría? Él no tiene más de treinta y dos, una edad muy adecuada para casarse

un hombre. Es bastante poco atractivo, a decir verdad, pero ¿qué es la belleza en un hombre? Si tiene una figura distinguida y una cara de persona sensata, eso es más que suficiente.

—Todo esto es cierto, Georgiana, pero la figura del señor Watts es, desafortunadamente, muy vulgar y su rostro muy duro. Y luego, en relación con su carácter, se cree que es malo, pero ¿no puede estar todo el mundo engañado en su juicio? En su temperamento hay una sincera franqueza que le sienta bien a un hombre. Dicen que es tacaño: nosotras lo llamaremos prudencia. Dicen que es receloso. Eso procede de una calidez de corazón siempre excusable en la juventud; y, en pocas palabras, no veo razón para que no pueda ser un muy buen marido, o para que Mary no sea feliz con él.

Sophy se rió, y yo continué:

—Sin embargo, lo acepte Mary o no, yo estoy decidida. Mi resolución está tomada. Nunca me casaría con el señor Watts, aunque la mendicidad sea la única alternativa. ¡Es tan poca cosa en todos los sentidos! Atroz de carácter, y sin una buena cualidad que pueda redimirlo. Su fortuna, para serte sincera, te diré que es buena. ¡Pero no tan grande! Tres mil al año. ¿Qué son tres mil al año? Sólo son seis veces los ingresos de mi madre. Eso no me tentará.

—Pero será una buena fortuna para Mary —dijo Sophy, riendo de nuevo.

—¡Para Mary! Sí, efectivamente, me encantaría verla a ella con tal riqueza.

Continué de esta manera, para gran diversión de mi hermana, hasta que Mary entró en la habitación, aparentemente en estado de gran agitación. Se sentó. Le hicimos un hueco cerca del fuego. Parecía no encontrar palabras para empezar y, al final, dijo un poco confundida:

—Te ruego que me lo digas, Sophy: ¿tienes alguna intención de casarte?

—¡De casarme! Ninguna en absoluto. ¿Pero por qué me preguntas? ¿Sabes de alguien que tenga intención de proponérmelo?

—Yo... no, ¿cómo iba a saber tal cosa? ¿Pero no puedo hacerte una pregunta normal?

—No es muy normal, Mary, ¿no? —dije yo.

Hizo una pausa y, tras unos momentos de silencio, prosiguió:

—¿Qué te parecería casarte con el señor Watts, Sophy?

Le guiñé el ojo a Sophy y contesté por ella.

—Quien esté en esa situación no debe sino regocijarse de casarse con un hombre con una renta de tres mil al año.

—Muy cierto —respondió—, eso es muy cierto. Así que ¿lo aceptarías si te lo propusiese, Georgiana? ¿Y tú, Sophy?

A Sophy no le gustó la idea de mentir y engañar a su hermana; evitó lo primero, y redimió su conciencia mediante la ambigüedad.

—Seguramente actuaría como lo haría Georgiana.

—Pues bien —dijo Mary con el triunfo en sus ojos—; yo he recibido una propuesta del señor Watts.

Estábamos, por supuesto, muy sorprendidas.

—¡Oh!, no le aceptes —dije yo— y tal vez así pueda elegirme a mí.

En pocas palabras, mi plan funcionó, y Mary está decidida a casarse con tal de evitar nuestra supuesta felicidad, cosa que, en realidad, ella no habría hecho nunca para asegurárnosla. Y sin embargo, después de todo, mi corazón no puede absolverme, y Sophy es aún más escrupulosa. Sosiega nuestros espíritus, mi querida Anne, escribiéndonos y diciéndonos que apruebas nuestra conducta. Considéralo en todos sus aspectos. Mary disfrutará mucho siendo una mujer casada y haciéndonos de carabina, lo que seguramente hará, ya que me siento obligada a contribuir lo más posible a que sea feliz en la situación que yo le he hecho elegir. Probablemente tendrán un nuevo carruaje, lo que para ella será el paraíso, y si podemos convencer al señor W. de encargarnos un faetón, será de lo más feliz. Estas cosas, sin embargo, no serían consuelo ni para Sophy ni para mí frente a la tristeza hogareña. Recuerda todo esto y no nos condenes.

Viernes

Anoche el señor Watts tomó el té con nosotras, previa cita. Tan pronto como el carruaje hubo llegado a la puerta, Mary fue a la ventana.

—¿Sophy, te puedes creer —dijo— que el viejo idiota quiere su nueva carroza del mismo color que la antigua, e igual de baja? Pero no debe ser así, me saldré con la mía. Y si no deja que sea tan alta como la de las Dutton, y de color azul con detalles en plata, no me casaré con él. Sí, así lo haré. Aquí viene. Sé que será grosero, sé que estará malhumorado, ¡y no me dirá nada cortés!, ni se comportará en absoluto como un amante.

Luego se sentó, y el señor Watts entró.

—Damas mías, aquí está su más agradecido servidor.

Nosotras le presentamos nuestros respetos y se sentó.

—Hace bueno, mis señoras.

Después, volviéndose hacia Mary:

—Bueno, señorita Stanhope, espero que haya decidido finalmente sobre el asunto, y sea tan buena como para permitirme saber si se dignará a casarse conmigo o no.

—Creo —dijo Mary— que debería preguntarlo de una manera más distinguida que ésta. No sé si debo aceptarle si se comporta de ese modo tan extraño.

—¡Mary! —dijo mi madre.

—Bueno, mamá, si tiene que estar tan enfadado...

—¡Chuuut! Mary, no debes ser grosera con el señor Watts.

—Le ruego, señora, que no obligue a la señorita Stanhope a ser educada. Si decide no aceptar mi mano, puedo ofrecerla en otro lugar, puesto que de ningún modo estoy guiado por una especial preferencia por usted sobre sus hermanas: a mí me es igual casarme con cualquiera de las tres.

¿Existió nunca alguien tan miserable? Sophy se puso roja de rabia, ¡y yo sentí tanto rencor...!

—Pues bien —dijo Mary en tono malhumorado—, aceptaré, si eso es lo que he de hacer.

—Debería haber pensado, señorita Stanhope, que cuando se hace una oferta como la que yo le he hecho, no se debería presionar mucho sobre la voluntad para aceptarla.

Mary farfulló algo, lo que yo, que me sentaba cerca de ella, distinguí como:

—¿De qué sirve un gran usufructo si los hombres viven para siempre?

Y luego en voz alta:

—Recuerde la asignación, de doscientos al año.

—Ciento setenta y cinco, señora mía.

—De hecho, doscientos, señor mío —dijo mi madre.

—Y recuerde que tendré un nuevo carruaje tan alto como el de las Dutton, y azul con detalles en plata; y he de esperar un nuevo caballo de silla, un vestido de fino encaje, y un número infinito de las joyas más valiosas. Diamantes que nunca se han visto, y perlas, rubíes, esmeraldas, y numerosos abalorios. Tendrá que encargarse un faetón, que deberá ser de color crema con una corona de flores de plata alrededor; deberá comprar cuatro de los mejores caballos del reino y llevarme en él cada día. Y esto no es todo, tendrá que reamueblar la casa a mi gusto, deberá contratar dos criados más para mi intendencia y dos mujeres para servirme, deberá hacer siempre lo que yo quiera y ser un buen marido.

Aquí se calló, creo que casi sin aliento.

—Es muy razonable, señor Watts, que mi hija espere todo esto.

—Y es muy razonable, señora Stanhope, que su hija se lleve una decepción.

Iba a continuar, pero Mary le interrumpió:

—Tendrá que construirme un elegante invernadero y llenarlo de plantas. Deberá permitirme pasar todos los inviernos en Bath, las primaveras en la ciudad, todos los veranos de viaje, y los otoños en un balneario; y si estamos en casa el resto del año —Sophy y yo nos reímos—, no deberá hacer más que dar fiestas y bailes de máscaras. Tendrá que habilitar un salón a tal efecto y un teatro para representar obras. La primera obra será ¿Quién es el hombre?, y yo haré de Lady Bell Bloomer.

—Pero le ruego que me diga, señorita Stanhope —dijo el señor Watts—, ¿qué he de esperar de usted como respuesta a todo esto?

—¿Esperar? Vaya, pues debe esperar complacerme.

—Sería extraño si no lo hiciera. Sus expectativas, señora, son demasiado elevadas para mí, y debo dirigirme a la señorita Sophy, quien tal vez no haya puesto las suyas tan altas.

—Se equivoca, señor, al suponer tal cosa —dijo Sophy—; porque, aunque puede que no vayan en la misma línea, mis expectativas son en todo punto tan elevadas como las de mi hermana, dado que espero un marido con buen humor y alegre, que tenga en cuenta mi felicidad en todas sus acciones, y que me quiera con constancia y sinceridad.

El señor Watts se quedó mirándola fijamente.

—Esas son unas ideas muy extrañas, jovencita. Debería descartarlas antes de casarse, o se verá obligada a hacerlo después.

Mi madre, mientras tanto, estaba sermoneando a Mary, quien era consciente de haber ido demasiado lejos, y cuando el señor Watts se estaba volviendo para dirigirse a mí, creo, le habló con una voz medio humilde, medio enfurruñada:

—Está usted equivocado, señor Watts, si piensa que hablaba en serio cuando dije que esperaba tanto. Sin embargo, he de tener una nueva carroza.

—Sí, señor, debe permitirle a Mary el derecho a esperar eso.

—Señora Stanhope, quiero y siempre he querido tener una nueva carroza para mi boda. Pero ha de ser del mismo color que la actual.

—Creo, señor Watts, que debe complacer a mi hija consultándole sus gustos sobre este asunto.

El señor Watts no accedía a esto, y durante algún tiempo insistió en que fuese de color chocolate, mientras que Mary persistía en que fuese azul con detalles en plata. Sin embargo, finalmente Sophy propuso que, para agradar al señor W., debía ser de un marrón oscuro, y para agradar a Mary, tenía que ser lo bastante alta y tener ribetes de plata. Finalmente se acordó esto, aunque a regañadientes por ambas partes, ya que cada uno pretendía salirse totalmente con la suya. Pasamos entonces a otros asuntos, y se decidió que debían casarse tan pronto como los acuerdos pudiesen concluirse. Mary estaba deseosa de obtener una licencia especial, y el señor Watts hablaba de amonestaciones. Al final se acordó una licencia común. Mary se quedará con todas las joyas familiares, que, según tengo entendido, son bastante insignificantes, y el señor W. prometió comprarle un caballo de silla nuevo; pero, a cambio, ella no debe esperar ir a la ciudad o a ningún otro lugar público durante estos tres años. No tendrá ni invernadero, ni teatro, ni faetón; se contentará con una criada, y renunciará al criado adicional. Se necesitó toda la tarde para decidir sobre estos asuntos; el señor W. cenó con nosotras y no se fue hasta las doce. Nada más irse, Mary exclamó:

—¡A Dios gracias!, por fin se ha ido; ¡cómo le odio!

Fue inútil que mamá le indicase la falta de decoro de la que era culpable al no gustarle el que iba a ser su marido, puesto que persistió en declarar su aversión hacia él y en desear no verle nunca más. ¡Vaya boda va a ser! Adiós, mi querida Anne. Tu fielmente sincera

Georgiana Stanhope.

DE LA MISMA A LA MISMA

Sábado

Querida Anne:

Mary, ansiosa por que todos supieran lo de su boda, que ya se aproximaba, y más especialmente deseosa de triunfar, como ella decía, sobre las Dutton, quiso que esta mañana caminásemos con ella hasta Stoneham. Como no teníamos nada más que hacer, accedimos de buena gana, y tuvimos un paseo tan agradable como podía tenerse con Mary, cuya conversación consistió todo el rato en insultar al hombre con el que pronto va a casarse, y en anhelar un carruaje azul con detalles en plata. Cuando llegamos a la casa de los Dutton, encontramos a las chicas en el vestidor con un joven muy guapo al que, por supuesto, nos presentaron. Es el hijo de Sir Henry Brudenell de Leicestershire. El señor Brudenell es el hombre más apuesto que he visto en mi vida; las tres estamos encantadísimas con él. Mary, que hasta el momento en el que llegamos al vestidor se había estado creciendo con su propia importancia, y con el deseo de comunicar la noticia de su boda, no pudo quedarse callada sobre el asunto mucho tiempo después de sentarnos y pronto dijo, dirigiéndose a Kitty:

—¿No crees que será necesario tener todas las joyas nuevas preparadas?

—¿Necesario para qué?

—¿Para qué? Vaya, pues para mi aparición en público.

—Te pido perdón pero realmente no te entiendo. ¿De qué joyas estás hablando, y dónde harás una aparición pública?

—En el próximo baile, a decir verdad, después de mi boda.

Puedes imaginarte su sorpresa. Al principio estaban incrédulas, pero al final, cuando confirmamos la historia, se lo creyeron.

—¿Y con quién? —fue, por supuesto, la primera pregunta. Mary fingió timidez y respondió turbada, con los ojos bajos:

—Con el señor Watts.

Esto también requirió nuestra confirmación, puesto que apenas podían creer que alguien que tenía la belleza y fortuna (aunque pequeña, la verdad) de Mary quisiera voluntariamente casarse con el señor Watts. Habiendo sido aclarado el asunto y

viéndose ella el centro de atención de todos los invitados, perdió toda su turbación y se volvió absolutamente abierta y comunicativa.

—Me pregunto si no habíais oído nada de esto antes, puesto que generalmente los asuntos de esta naturaleza se conocen muy bien en el vecindario.

—Te aseguro —dijo Jemima— que nunca tuve la menor sospecha sobre el asunto. ¿Lleva en curso mucho tiempo todo esto?

—¡Oh!, sí, desde el miércoles.

Todos rieron, especialmente el señor Brudenell.

—Tenéis que saber que el señor Watts está muy enamorado de mí, así que es una unión por amor, por su parte.

—No sólo por la suya, imagino —dijo Kitty.

—¡Oh! Cuando hay tanto amor por un lado, no hay lugar para él en el otro. Sin embargo, no me disgusta mucho, aunque es muy poco atractivo, para seros sincera.

El señor Brudenell se quedó estupefacto, las señoritas Dutton rieron, y Sophy y yo estábamos sinceramente avergonzadas de nuestra hermana. Ella continuó:

—Tendremos una nueva silla de montar, y muy probablemente podremos construir nuestro faetón.

Sabíamos que esto era falso, pero a la pobre chica le agradaba la idea de hacer creer a los invitados que eso iba a ser así, y yo no iba a privarle de un entretenimiento tan inofensivo. Continuó:

—El señor Watts va a presentarme con las joyas de la familia, que supongo, son muy considerables.

No pude evitar susurrarle a Sophy:

—Yo creo que no.

—Estas joyas son, imagino, de esas que deben ser engarzadas de nuevo antes de lucirlas. No debo lucirlas antes del primer baile al que vaya después de mi boda. Si la señora Dutton no fuese, espero que me dejéis haceros de carabina; seguramente lo haga con Sophy y Georgiana.

—Eres muy amable —dijo Kitty— y ya que estás dispuesta a asumir el cuidado de jóvenes damiselas, he de aconsejarte que convenzas al señor Edgecumbe para que te permita hacer de carabina a sus seis hijas, quienes, junto con tus dos hermanas y nosotras, haremos tu entré de lo más respetable.

Kitty nos hizo sonreír a todas excepto a Mary, que no entendió sus palabras, y dijo fríamente que no le gustaría hacer de carabina a tantas personas. Sophy y yo intentamos entonces cambiar de conversación, pero sólo lo conseguimos durante unos pocos minutos, puesto que Mary se encargó de atraer de nuevo la atención hacia ella y la boda que se avecinaba. Me dolía, por el bien de mi hermana, ver cómo el señor Brudenell parecía disfrutar escuchando su relato, e incluso la animaba mediante preguntas y comentarios, ya que era evidente que su único propósito era burlarse de

ella. Me temo que él la encontraba muy ridícula. Contenía perfectamente su semblante, pero era fácil ver que le costaba hacerlo. Sin embargo, al final parecía cansado e indignado con su ridícula conversación, puesto que se volvió hacia nosotras y apenas le habló a ella durante aproximadamente media hora antes de irnos de Stoneham. Tan pronto como estuvimos fuera de la casa, nos unimos en alabanzas al señor Brudenell, a su persona y a sus modales.

Encontramos al señor Watts en casa.

—Y bien, señorita Stanhope —dijo—, ya ve que vengo a cortejarla como un verdadero amante...

—Pues no habría sido necesario que me lo dijese. Sé muy bien por qué ha venido.

Entonces Sophy y yo salimos de la habitación, imaginando, por supuesto, que debíamos ausentarnos por si fuese a empezar una escena de cortejo. Nos sorprendió ser seguidas casi inmediatamente por Mary.

—¿Tan pronto ha acabado tu cortejo?

—¡Cortejo! —respondió Mary—. Hemos estado discutiendo. ¡Watts es tan idiota! Espero no verle nunca más.

—Me temo que lo harás —dije yo—. Puesto que hoy cena aquí. ¿Pero cuál ha sido vuestra disputa?

—Vaya, sólo porque le dije que esta mañana había visto a un hombre mucho más apuesto que él se puso como una furia y me llamó zorra, así que sólo me quedé para decirle que pensaba que era un sinvergüenza y me fui.

—Todo muy educado y escueto —dijo Sophy—; pero te ruego que nos digas, Mary, ¿cómo se va a arreglar esto?

—Debería pedirme perdón; pero si lo hiciese, no le perdonaría.

—Su sumisión, entonces, no sería muy útil.

Cuando estuvimos vestidas volvimos al salón, donde mamá y el señor Watts mantenían una conversación íntima. Parece que él había estado quejándose del comportamiento de su hija, y ella le había convencido de no pensar más en ello. Por tanto, fue a buscar a Mary con toda su acostumbrada urbanidad y, salvo una mención acerca del faetón y otra acerca del invernadero, la velada transcurrió con gran armonía y cordialidad. Watts va a ir a la ciudad para acelerar los preparativos de la boda. Tu afectuosa amiga

G. S.

La historia de Inglaterra

Desde el reinado de Enrique IV hasta la muerte de Carlos I

Por una historiadora parcial, prejuiciosa e ignorante.

Dedico este libro a la señorita Austen, hija mayor del Reverendo George Austen,
con todo el debido respeto de

La autora.

N.B. En esta Historia habrá muy pocas fechas.

Enrique IV

Enrique IV subió al trono de Inglaterra, para su propia satisfacción, en el año de 1399, tras haber convencido a su primo y predecesor Ricardo II de renunciar a él en su favor, y de retirarse para el resto de su vida a Pomfret Castle, donde resultó ser asesinado. Es de suponer que Enrique estuvo casado, puesto que, en verdad, tuvo cuatro hijos, pero no está en mi mano el informar al lector sobre quién fue su esposa. Sea como fuere, no vivió para siempre, pues al enfermar, su hijo el príncipe de Gales vino y se llevó la corona; tras lo cual, el rey dio un largo discurso (para ello debo remitir al lector a las obras teatrales de Shakespeare), y el príncipe dio otro aún más largo. Habiendo resuelto las cosas entre ellos de tal modo, el rey murió y fue sucedido por su hijo Enrique, quien previamente le había pegado una buena paliza a Sir William Gascoigne.

Enrique V

Tras acceder al trono, este príncipe se reformó y se volvió bastante amable, abandonó todas sus malas influencias y no volvió a darle más palizas a Sir William Gascoigne. Durante su reinado, Lord Cobham fue quemado vivo, pero no recuerdo por qué. Luego su Majestad dirigió sus pensamientos a Francia, adonde fue y en donde combatió en la famosa batalla de Agincourt. Después se casó con la hija del rey, Catherine, una mujer muy agradable, según nos cuenta Shakespeare. Sin embargo, y a pesar de todo esto, murió y fue sucedido por su hijo Enrique.

Enrique VI

No puedo decir gran cosa sobre el buen juicio de este monarca. Tampoco lo haría si pudiera, puesto que era un Lancaster. Imagino que el lector ya lo sabe todo sobre las guerras entre él y el duque de York, que pertenecía al bando de los buenos; si no es así, debería leer algún otro libro de Historia, dado que yo no seré muy prolija en éste, pues en él sólo intento descargar mi rencor y mostrar mi odio hacia toda esa gente cuyos partidos o principios no coinciden con los míos, y no dar información. Este rey se casó con Margarita de Anjou, una mujer cuyas angustias y desgracias fueron tan grandes que casi hacen que yo, que la odio, sienta lástima por ella. Fue durante este reinado cuando vivió Juana de Arco, que armó un buen lío con los ingleses. No deberían haberla quemado, pero lo hicieron. Hubo varias batallas entre los York y los Lancaster, en las cuales (como tiene que ser) solían ganar los primeros. A la larga fueron vencidos completamente; el rey fue asesinado, la reina mandada de vuelta a casa, y Eduardo IV accedió al trono.

Eduardo IV

Este monarca sólo fue famoso por su belleza y valentía, prueba de lo cual la hallamos plasmada en el retrato que de él se ha hecho y en la intrépida conducta que mostró al casarse con una mujer aunque estaba comprometido con otra. Su esposa fue Elizabeth Woodvile, una viuda, ¡pobre mujer!, que fue más tarde recluida en un convento por ese monstruo de la infamia y la avaricia que era Enrique VII. Una de las amantes de Eduardo fue Jane Shore, sobre la que se ha escrito una obra, pero es una tragedia y, por lo tanto, no merece la pena leerla. Tras haber llevado a cabo todas estas nobles acciones, su Majestad murió, y fue sucedido por su hijo.

Eduardo V

Este desafortunado príncipe vivió tan poco tiempo que nadie pudo pintar su retrato. Fue asesinado por una estratagema de su tío, cuyo nombre era Ricardo III.

Ricardo III

El personaje de este príncipe ha sido, en general, muy duramente tratado por los historiadores, pero, al ser un miembro de los York, me inclino a creer que era un hombre de lo más respetable. De hecho, se ha afirmado con mucha seguridad que mató a sus dos sobrinos y a su esposa, pero también se ha dicho que no mató a sus dos sobrinos, lo que estoy dispuesta a dar por cierto; y, si es el caso, también puede afirmarse que no mató a su mujer, ya que si Perkin Warbeck fue realmente el duque de York, ¿por qué no iba a ser Lambert Simnel la viuda de Ricardo? Fuese inocente o culpable, no reinó en paz durante mucho tiempo, puesto que Enrique Tudor E. de Richmond, el mayor villano que existió nunca, armó un gran escándalo para hacerse con la corona y, tras matar al rey en la batalla de Bosworth, le sucedió.

Enrique VII

Este monarca se casó con la princesa Isabel de York poco después de su ascenso al trono, a través de cuya alianza demostró claramente que consideraba su derecho propio inferior al de ella, aunque aparentaba lo contrario. De este matrimonio tuvo dos hijos y dos hijas, la mayor de las cuales se casó con el rey de Escocia y tuvo la alegría de ser abuela de uno de los mayores personajes del mundo. Pero ya tendré ocasión de hablar más extensamente de ella más adelante. La más joven, Mary, se casó primero con el rey de Francia y después con el duque de Suffolk, de quien tuvo una hija, que más tarde fue madre de Lady Jane Grey, quien, aunque menos que su adorable prima, la reina de los escoceses, fue una amable joven, famosa por leer el griego mientras otros andaban de cacería. Fue durante el reinado de Enrique VII cuando Perkin Warbeck y Lambert Simnel, mencionados ya anteriormente, hicieron su aparición; el primero, que fue torturado en el potro, se refugió en la abadía de Beaulieu y fue decapitado por el conde de Warwick; el segundo fue llevado a la cocina del rey. Su Majestad murió y fue sucedido por su hijo Enrique, cuyo único mérito fue el de no ser tan malo como su hija Isabel.

Enrique VIII

Sería una ofensa para con mis lectores si no imaginase que están tan bien enterados como yo del reinado de este rey. Por eso les voy a ahorrar la tarea de leer de nuevo lo que ya han leído antes, y a mí misma la molestia de escribir lo que no recuerdo a la perfección, dando tan sólo una somera descripción de los acontecimientos principales que marcaron su reinado. Entre ellos deben figurar el del cardenal Wosley diciéndole al padre abad de la abadía de Leicester que «había venido para reposar sus huesos entre ellos» o la reforma religiosa y el paseo del rey a caballo por las calles de Londres con Ana Bolena. Sin embargo es justo y es mi deber declarar que esta amable mujer fue completamente inocente de los crímenes de los que fue acusada, de lo cual su belleza, elegancia y energía son pruebas suficientes, sin mencionar sus solemnes declaraciones de inocencia, la debilidad de los cargos que se le imputaban, y el carácter del rey; todo lo cual añade un punto más de confirmación, aunque quizá sea poco en comparación con aquéllos antes alegados a su favor.

Aunque no soy partidaria de citar muchas fechas, creo que es apropiado dar algunas y, por supuesto, elegiré aquellas que resulten más importantes que el lector conozca; creo que es bueno informarle de que la carta de ella al rey lleva fecha de 6 de mayo. Los crímenes y crueldades de este príncipe son demasiado numerosos para ser mencionados (como confío que esta Historia ha mostrado claramente), y nada se puede decir en su favor, salvo que el hecho de abolir los monasterios y dejarlos al capricho de la ruinosa depredación del tiempo le ha sido infinitamente útil al paisaje de Inglaterra en general, lo que probablemente fue su principal motivo para hacerlo, puesto que, de otro modo, ¿por qué un hombre que ni siquiera es religioso habría de tomarse tantas molestias para abolir algo que llevaba tanto tiempo asentado en el reino? La quinta esposa de su Majestad fue la sobrina del duque de Norfolk, quien, aunque universalmente absuelta de los crímenes por los que fue decapitada, mucha gente cree que dejó una mala vida antes de casarse; sin embargo, yo tengo muchas dudas al respecto, ya que era pariente de ese noble duque de Norfolk que tan ardiente fue en la lucha por la causa de la reina de Escocia, y que a la postre fue víctima de ella. La única esposa del rey logró sobrevivirle, pero lo llevó a cabo con dificultad. Su único hijo, Eduardo, le sucedió.

Eduardo VI

Como este príncipe tenía sólo nueve años en el momento de la muerte de su padre, mucha gente lo consideraba demasiado joven para gobernar y, al ser el difunto rey de la misma opinión, el hermano de su madre, el duque de Somerset, fue elegido defensor del reino durante la minoría de edad del príncipe. Este hombre fue, en general, de un carácter muy afable y es algo así como uno de mis favoritos, aunque de ninguna manera pretenda afirmar que fuera igual a aquellos grandiosos hombres como el conde Roberto de Essex, Delamere o Gilpin. Fue decapitado, de lo cual hubiese estado orgulloso, y con razón, de haber sabido que ésa fue la muerte de la reina María de Escocia; pero como era imposible que estuviese al tanto de lo que aún no había ocurrido, no parece que se sintiese especialmente encantado con la modalidad que le tocó en suerte. Tras su muerte, el duque de Northumberland se encargó del cuidado del rey y del reino, y llevó a cabo su tarea en ambos casos tan bien que el rey murió y el reino le fue legado a su nuera, la dama Jane Grey, la cual ya ha sido mencionada como lectora de griego. El saber si realmente entendía esa lengua o si su estudio procedía en ella de un simple exceso de vanidad, en lo que creo que siempre fue notable, es algo que no se sabe a ciencia cierta. Fuese cual fuese la causa, conservó durante toda su vida la misma apariencia de conocimiento y desdén por aquello que generalmente era considerado un placer, puesto que se declaraba disgustada por haber sido designada reina, y mientras la llevaban al patíbulo escribió una frase en latín y otra en griego al ver el cuerpo muerto de su marido que pasaba por casualidad por ahí.

María

Esta mujer tuvo la buena suerte de ser propuesta para el trono de Inglaterra, a pesar de las superiores pretensiones, méritos, y belleza de sus primas la reina María de Escocia y Jane Grey. Y no es que pueda compadecerme del reino por las desgracias que sufrió durante su reinado, puesto que se las merecía completamente por haber permitido que ella sucediese a su hermano, lo cual fue un doble disparate, ya que deberían haber previsto que, al morir sin hijos, iba a suceder esa desgracia para la humanidad, esa plaga de la sociedad que era Isabel. Fueron varios los que cayeron mártires de la religión protestante durante su reinado; imagino que no menos de una docena. Se casó con Felipe, rey de España, quien fue famoso durante el reinado de su hermana por construir Armadas. Murió sin descendencia, y entonces llegó el espantoso momento en el que la destructora de toda comodidad, la falsa traidora de la confianza depositada en ella y asesina de su prima la sucedió en el trono.

Isabel

La peculiar desgracia de esta mujer fue tener malos ministros. Ya que, malvada como era, no podría haber cometido barbaridades de tanto calado si esos infames e inmorales hombres no hubiesen conspirado con ella, y no la hubiesen animado en sus crímenes. Sé que mucha gente ha afirmado y creído que Lord Burleigh, Sir Francis Walsingham, y el resto de aquellos que ocuparon los cargos principales del Estado eran ministros meritorios, experimentados y capaces. Pero, ¡oh!, qué ciegos deben de estar esos escritores y lectores frente al verdadero mérito, al mérito despreciado, descuidado y calumniado, si pueden persistir en esas opiniones tras reflexionar que estos hombres, estos tan vanagloriados hombres, fueron tal escándalo para su país y su sexo por permitir y ayudar a su reina a encerrar durante un período de diecinueve años a una mujer que, si las reivindicaciones de parentesco y dignidad no fuesen de utilidad, ya como reina o como alguien que se digna a depositar confianza en ella, tenía muchas razones para esperar ayuda y protección; y a la larga permitieron a Isabel llevar a esta amable mujer a una prematura, desmerecida y escandalosa muerte. ¿Puede alguien, si reflexiona sólo un momento sobre esta mancha, esta mancha eterna sobre su entendimiento y su personalidad, permitir alguna alabanza a Lord Burleigh o Sir Francis Walsingham? ¡Oh! ¡Cuánto debe haber sufrido esta fascinante princesa, cuyo único amigo fue el duque de Norfolk, y cuyos únicos amigos ahora somos el señor Whitaker, la señora Lefroy, la señora Knight y una servidora, y que fue abandonada por su hijo, encerrada por su prima, engañada, acusada y vilipendiada por todos!, ¡cuánto no habrá sufrido su noble juicio cuando fue informada de que Isabel había ordenado su muerte! Sin embargo, lo aguantó con la más inquebrantable fortaleza, firme en sus opiniones, constante en su religión; y preparada para encontrarse con el cruel destino al que había sido condenada, con una magnanimidad que sólo podía proceder de una inocencia consciente. Con todo, lector, ¿puede creer que algunos insensibles y fanáticos protestantes la han llegado a insultar por esa firmeza en la religión católica que tanto honor reflejaba en ella? Pero ésta es una muestra llamativa de que son sus estrechas almas y sus juicios prejuiciosos quienes la acusan. Fue ejecutada en el Great Hall, en Fortheringay Castle (¡sagrado lugar!), el miércoles 8 de febrero de 1586, para eterno reproche de Isabel, sus ministros, e Inglaterra en general. Conviene decir, antes de que concluya por completo mi relato

de esta malhadada reina, que fue acusada de varios crímenes durante su período de reinado en Escocia, de lo cual, se lo aseguro lo más seriamente posible al lector, era absolutamente inocente; no habiendo sido nunca culpable de nada más que de las imprudencias en las que fue traicionada por la franqueza de su corazón, su juventud y su educación. Habiendo eliminado, espero, mediante esta garantía toda sospecha y toda duda que pueda haber surgido en la mente del lector debido a lo que otros historiadores han escrito sobre ella, debo proceder a mencionar los restantes sucesos que caracterizaron el reinado de Isabel. Fue aproximadamente durante este período cuando Sir Francis Drake, el primer marinero inglés que navegó alrededor del mundo, vivió para ser el adorno de su país y de su profesión. Sin embargo, grande como era, y justamente célebre como marinero, no puedo evitar predecir que sería igualado en este siglo o en el próximo por alguien que, aunque sólo joven ahora, ya promete responder a las ardientes y optimistas expectativas de sus amigos y familiares, entre los cuales debo considerar a la amable mujer a quien este trabajo está dedicado y a mi no menos amable persona.

Aunque de diferente profesión y brillando en una esfera diferente de la vida, pero igualmente sobresaliente como conde, tal como Drake lo fuera como marinero, tenemos a Robert Devereux Lord Essex. Este desafortunado joven no era distinto en carácter al no menos desafortunado Frederick Delamere. El símil puede llevarse aún más lejos, e Isabel, el tormento de Essex, puede ser comparada con Emmeline de Delamere. Sería interminable el contar de nuevo las desgracias de este noble y valiente conde. Será suficiente con decir que fue decapitado el 25 de febrero, tras haber sido Lord lugarteniente de Irlanda, tras haber puesto la mano en su espada, y tras haber llevado a cabo otros servicios para su país. Isabel no sobrevivió durante mucho tiempo a su pérdida, y murió tan miserablemente que, si no fuese un insulto a la memoria de María, hasta yo misma la compadecería.

Jacobo I

Aunque este rey tenía algunos defectos, de los cuales el principal fue el permitir la muerte de su madre, considerándolo en términos generales, no puedo evitar que me guste. Se casó con Ana de Dinamarca y tuvo varios hijos; afortunadamente para él, su hijo mayor, el príncipe Enrique, murió antes que su padre: si no, podría haber sufrido los males que sufrió su desgraciado hermano.

Como siento debilidad por la religión católica, mucho me duele el denunciar el comportamiento de cualquiera de sus miembros; pero siendo la verdad, creo, algo muy excusable en un historiador, me veo en la obligación de decir que durante este reinado los católicos de Inglaterra no se portaron como caballeros con los protestantes. De hecho, su comportamiento para con la familia real y ambas cámaras del Parlamento debe ser justamente tachado de poco cortés, e incluso Sir Henry Percy, sin duda el hombre más cultivado del partido, no tuvo nada de esa educación general que es tan universalmente agradable, y sus atenciones se limitaron por completo a Lord Mounteagle.

Sir Walter Raleigh medró bajo este reinado y el precedente, y mucha gente le guarda gran veneración y respeto. Pero dado que era enemigo del noble Essex, no tengo ninguna alabanza que dirigirle y, a todos aquellos que deseen conocer los detalles de su vida, debo remitirles a la obra de la Crítica del señor Sheridan, donde encontrarán muchas anécdotas interesantes tanto de él como de su amigo Sir Christopher Hatton. Su Majestad era de un temperamento tan amable que predisponía a la amistad, y en ese aspecto, estaba dotado de una visión más profunda que mucha otra gente para descubrir el mérito. Una vez oí una excelente charada respecto a una alfombra, que me ha recordado el tema que me ocupa, y como creo que el adivinarla proporcionará a mis lectores algo de diversión, me tomo la libertad de presentársela aquí.

Charada

Mi primera es lo que mi segunda fue para el rey Jacobo I, y tú me la pisoteas toda.

Los favoritos principales de su Majestad fueron Car, más tarde nombrado conde de Somerset, cuyo nombre tal vez tenga algo que ver con la charada mencionada anteriormente; y George Villiers, más tarde duque de Buckingham. A la muerte de su Majestad, fue sucedido por su hijo Carlos.

Carlos I

Este amable monarca pareció haber nacido para sufrir las mismas desgracias que su adorable abuela; desgracias que no podía merecer, ya que era descendiente de ella. Nunca hubo tantos personajes detestables al mismo tiempo en Inglaterra como en este período de la Historia; nunca fueron tan escasos los hombres afables. Se limita a cinco el número de ellos en todo el reino, además de los habitantes de Oxford, quienes fueron siempre leales a su rey y fieles a sus intereses. Los nombres de este noble quinteto que nunca olvidó los deberes del súbdito ni viró bruscamente lejos de su apego a su Majestad son los siguientes: el mismo rey, siempre firme en su propio apoyo; el arzobispo Laúd, el conde de Strafford, el vizconde Faulkland y el duque de Ormond, los cuales casi nunca fueron menos enérgicos y fervientes en pro de la causa. Mientras que los villanos del momento conformarían una lista demasiado larga para ser escrita o leída; por eso debo contentarme con mencionar a los líderes de la banda. Cromwell, Fairfax, Hampden y Pym, que deben ser considerados como los causantes originales de todos los disturbios, desgracias y guerras civiles en los que Inglaterra se vio sumida durante varios años. En este reinado, al igual que en el de Isabel, me siento obligada, a pesar de mi cariño por los escoceses, a considerarlos tan culpables como a gran parte de los ingleses, puesto que se atrevieron a pensar de una forma diferente a su soberano, a olvidar la adoración que, como Estuardo que era, era su deber profesarle, a rebelarse en su contra, a destronar y encarcelar a la desafortunada María, a oponerse, engañar y vender al no menos desafortunado Carlos. Los sucesos del reinado de este monarca son demasiado numerosos para mi pluma, y el exponer tantos acontecimientos (excepto los que a mí me atañen) no me resulta interesante; siendo mi principal razón para acometer la escritura de la Historia de Inglaterra el demostrar la inocencia de la reina de Escocia, de lo que me congratulo haber hecho eficazmente, e insultar a Isabel, aunque temo un poco haberme quedado corta en esta segunda parte de mi propósito. Por lo tanto, como no es mi intención dar un relato detallado de las desgracias en las que este rey se vio envuelto a causa de la mala conducta y crueldad de su Parlamento, me conformaré con absolverle del reproche de gobierno tiránico y arbitrario del que a menudo se le ha culpado. No es difícil hacerlo, creo, puesto que estoy segura de que con un solo argumento convenceré a toda

persona razonable y bien dispuesta, cuyas opiniones hayan sido correctamente guiadas a través de una buena educación; y este argumento es que era un Estuardo.

El castillo de Lesley

Un novela epistolar inacabada

Al caballero Henry Thomas Austen

Señor:

Me tomo la libertad, con la que a menudo me ha honrado, de dedicarle una de mis novelas. Me apena que esté inacabada aunque me temo que, tratándose de mí, siempre será así; el hecho que hasta donde ha llegado pueda resultar demasiado trivial e indigna de usted es otra de las preocupaciones de su humilde y agradecida servidora

La autora.

Los señores empleados de Demanda y Cía: tengan a bien pagar a Jane Austen, soltera, la cantidad de cien guineas a cuenta de su humilde servidor

H. T. Austen

Carta primera

De la señorita Margaret Lesley a la señorita Charlotte Lutterell

Lesley Castle, a 3 de enero de 1792

Mi hermano acaba de dejarnos. «Matilda (dijo cuando se despedía), estoy seguro de que tú y Margaret le daréis a mi hija pequeña todo el cuidado que debería haber recibido de una madre indulgente, cariñosa y amable». Las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras pronunciaba estas palabras: el recuerdo de aquella que había deshonrado tan gratuitamente el carácter maternal y violado tan abiertamente los deberes conyugales le impidió añadir nada más; abrazó a su dulce hija y, tras despedirse de Matilda y de mí, se separó de nosotras apresuradamente, se sentó en su carroza y prosiguió camino de Aberdeen. ¡Nunca existió un muchacho mejor! ¡Ah! ¡Qué poco se merecía las desgracias que sufrió en el matrimonio! ¡Un marido tan bueno para tan mala esposa! Ya sabes, mi querida Charlotte, que la despreciable Louisa le abandonó a él, a su hija y su reputación hace unas semanas, en compañía de Danvers y del señor Deshonra. ¡Nunca existió cara más dulce, figura más elegante ni corazón menos afable que los que Louisa poseía! Su hija ya tiene los encantos personales de su infeliz madre. ¡Más valdría que heredase de su padre los mentales! Actualmente Lesley tiene tan sólo veinticinco años y ya se ha abandonado a la melancolía y a la desesperación; ¡qué diferencia entre él y su padre! Sir George tiene cincuenta y siete y todavía continúa siendo el pretendiente, el frívolo mozalbete, el chaval alegre, el enérgico jovencito al que tanto se parecía su hijo hace cinco años, y como se ha presentado a sí mismo siempre que yo recuerde. Mientras nuestro padre está revoloteando por las calles de Londres, alegre, relajado e irreflexivo a la edad de cincuenta y siete años, Matilda y yo seguimos separadas de la humanidad en nuestro viejo y decadente castillo, el cual se encuentra situado a dos millas de Perth, en una firme roca que se alza dominante sobre una amplia vista de la ciudad y sus encantadores alrededores. Pero, aunque retiradas de prácticamente del mundo (ya que no visitamos más que a los M'Leods, los M'Kenzies, los M'Phersons, los M'Cartneys, los M'Donalds, los M'Kinnons, los M'Lellans, los M'Kays, los Macbeths y

los Macduffs), no nos encontramos aburridas ni infelices; al contrario, nunca hubo dos chicas más vivas, más agradables o más ingeniosas que nosotras; ni una sola hora al día queda pesadamente suspendida en nuestras manos. Leemos, trabajamos, paseamos y, cuando estamos fatigadas de estas tareas, aliviarnos nuestras almas con una canción animada, con un baile grácil o con algunos comentarios agudos y réplicas ingeniosas. Somos guapas, mi querida Charlotte, mucho, y la mayor de nuestras perfecciones es que nosotras mismas nos quedamos completamente impasibles ante ellas. Pero entonces, ¿por qué insisto en hablar de mí? Déjame mejor volver a los elogios de nuestra querida sobrinita, la inocente Louisa, la cual en este momento está sonriendo encantadoramente en un dulce sueñecito mientras descansa en el sofá. La amada criatura acaba de cumplir dos años y es tan guapa como se es a los veintidós, tan sensata como a los treinta y dos, y tan prudente como a los cuarenta y dos. Para convencerte de esto te informaré de que tiene una piel finísima y rasgos muy bonitos, que ya se sabe las dos primeras letras del alfabeto y que nunca desgarrar sus vestidos. Si aún no te he convencido de su belleza, juicio y prudencia, no tengo nada más que declarar para respaldar mi afirmación, y por tanto no tendrás otra forma de resolver el asunto que viniendo a Lesley Castle y, tras conocer personalmente a Louisa, decidir por ti misma. ¡Ah! Mi querida amiga, ¡qué feliz me haría verte dentro de estas venerables paredes! Hace ahora cuatro años desde que mi marcha de la escuela me separó de ti; el hecho de que dos corazones tan bondadosos, tan estrechamente unidos por los lazos de la comprensión y de la amistad tuvieran que ser tan lejanamente distanciados el uno del otro es algo de lo más conmovedor. Yo vivo en Perthshire, tú en Sussex.

Podríamos reunirnos en Londres, si mi padre estuviese dispuesto a llevarme y tu madre estuviera allí al mismo tiempo. Podríamos encontrarnos en Bath, en Tunbridge; es más, en cualquier otro sitio, simplemente por estar juntas en el mismo lugar. Sólo nos queda esperar que ese momento pueda llegar. Mi padre no regresará hasta el otoño, mi hermano se irá de Escocia en pocos días: está impaciente por viajar. ¡Juventud equivocada! Se convence en vano de que un cambio de aires curará las heridas de un corazón roto. Estoy segura, mi querida Charlotte, de que te unirás a mí en las oraciones por la recuperación de la tranquilidad de espíritu del infeliz Lesley, la cual será siempre imprescindible para la de tu sincera amiga

M. Lesley

Carta segunda

En respuesta de la señorita C. Lutterell a la señorita M. Lesley

Glenford, a 12 de febrero

Te pido mil disculpas por haberme retrasado tanto en darte las gracias, mi querida Peggy, por tu amable carta, lo cual, créeme, no habría aplazado si cada segundo de mi tiempo de estas últimas cinco semanas no hubiese estado tan completamente ocupado por los arreglos necesarios para la boda de mi hermana como para no dejarme tiempo que dedicarte a ti ni a mí misma. Y ahora lo que más me irrita de todo es que el matrimonio se ha roto y todo mi trabajo se ha echado a perder. Imagínate qué decepción más grande debe de ser para mí el caer en la cuenta de que, tras haber trabajado día y noche para tener preparada la cena de boda a tiempo, tras haber asado suficiente carne de ternera, emparrillado cordero y estofado suficiente caldo como para que les dure a los recién casados toda la luna de miel, me encuentro con la humillación de haber estado asando, emparrillando y estofando la carne y a mí misma para nada. De hecho, mi querida amiga, no recuerdo haber sufrido nunca una ofensa igual que la que sufrí el lunes pasado cuando mi hermana vino corriendo a buscarme a la despensa con la cara tan blanca como la nata montada y me dijo que Henry se había caído del caballo, fracturado el cráneo y, según dijo su cirujano, se encontraba en el más grave peligro. «¡Dios mío! (dije yo). ¿Lo dices en serio? ¿Por qué? En nombre del cielo, ¿qué pasará con todas las viandas? No nos dará tiempo a comerlas mientras estén en buen estado. En todo caso, llamaremos al médico para que nos ayude. Debería ser capaz de arreglármelas con el solomillo yo sola, mi madre se comerá el caldo y el doctor y tú os acabáis el resto». En este momento me callé, al ver a mi pobre hermana caer como sin vida sobre una de las cómodas en las que guardamos nuestra mantelería. Llamé inmediatamente a mi madre y a las criadas y al final conseguimos que volviese en sí; tan pronto como recuperó la conciencia, mostró la determinación de ir, en seguida, a buscar a Henry, y estaba tan absolutamente empeñada en esta idea, que el impedir que la llevase a cabo nos resultó la tarea más difícil del mundo; sin embargo, más a base de fuerza que de súplicas, finalmente la convencimos para que

fuese a su habitación; la acostamos en la cama donde continuó durante unas horas sufriendo las más espantosas convulsiones. Mi madre y yo nos quedamos en la habitación con ella y, cuando algún momento de tolerable calma por parte de Eloisa nos lo permitía, nos uníamos en sinceros lamentos por el atroz derroche de nuestras provisiones que este suceso ocasionaría, y elaborábamos algún plan para deshacernos de ellas. Estábamos de acuerdo en que lo mejor que podíamos hacer era empezar a comérmolas inmediatamente y, por consiguiente, ordenamos que subieran el jamón frío y la carne de ave y al instante iniciamos, con gran entusiasmo, nuestro plan devorador. Habríamos intentado convencer a Louisa de que tomase una alita de pollo, pero no se hubiera dejado persuadir. No obstante, estaba mucho más tranquila de lo que lo había estado antes: las convulsiones que había sufrido habían dado paso a una inconsciencia casi perfecta. Procuramos despertarla por todos los medios de que disponíamos, pero fue en vano. Le hablé de Henry. «Querida Eloisa (le dije), no hay motivo para que llores tanto por una nimiedad como ésta (estaba dispuesta a bromear con el tema a fin de consolarla). Te pediría que no te preocupases. Como ves, a mí no me molesta en absoluto, aunque, después de todo, puede que yo sea quien más sufra por ello, ya que no sólo tengo que comerme todas los platos que ya he aliñado, sino que si Henry se recupera (lo que, en cualquier caso, no es demasiado probable) tendré que aliñar la misma cantidad de nuevo; o si muere (como imagino que ocurrirá), aún tendré que prepararte otra cena cuando te cases con algún otro. Ya ves que, aunque quizá ahora te aflija el pensar en el sufrimiento de Henry, tal vez muera pronto, y de ese modo se acabará su dolor y tú estarás tranquila, mientras que mi problema durará mucho más, ya que, aunque trabaje lo más duro que pueda, estoy segura de que la despensa no se vaciará en menos de dos semanas». De esta manera hice todo lo que estaba en mi mano para consolarla, aunque sin ningún resultado, y cuando al final vi que no parecía escucharme, me callé, y, dejándola a solas con mi madre, me bajé los restos del jamón y el pollo y mandé a William a preguntar qué tal estaba Henry. No esperaban que viviese muchas más horas; murió ese mismo día. Pusimos todo el cuidado que pudimos para suavizarle el triste suceso a Eloisa pero, a pesar de las precauciones, el dolor que le produjo la noticia fue demasiado intenso para su buen juicio y siguió durante varias horas sumida en un fuerte delirio. Todavía se encuentra muy enferma y sus médicos temen mucho que sufra un empeoramiento. Por eso nos estamos preparando para irnos a Bristol, donde se supone que estaremos a lo largo de la próxima semana. Y ahora, mi querida Margaret, déjame hablarte un poco de tus asuntos; en primer lugar, debo decirte que he sido informada confidencialmente de esto: tu padre va a casarse; me siento poco inclinada a creer un rumor tan desagradable, y a su vez no puedo desmentirlo por completo. He escrito para mayor información sobre el asunto a mi amiga Susan Fitzgerald, quien, al encontrarse actualmente en la ciudad, podrá dármele con seguridad. No sé quién es la dama. Creo

que la resolución de viajar que ha tomado tu hermano es extremadamente acertada, ya que tal vez pueda contribuir a borrar aquellos desagradables sucesos que tanto le han afligido últimamente.

Me alegra descubrir que, aunque apartadas del mundo, Matilda y tú no estáis aburridas ni infelices; que nunca descubras lo que es estarlo es el deseo de tu sinceramente afectuosa

C.L.

P.D. Acabo de recibir en este instante la respuesta de mi amiga Susan, la cual te adjunto, y de la que sacarás tus propias conclusiones.

La carta adjunta

Mi querida Charlotte:

No podías haber solicitado a nadie mejor que a mí información acerca del rumor del matrimonio de Sir George Lesley. Sir George está efectivamente casado; yo misma estuve presente en la ceremonia, lo cual no te sorprenderá, al firmar esta carta como tu afectuosa

Susan Lesley

Carta tercera

De la señorita Margaret Lesley a la señorita C. Lutterell

Lesley Castle, a 16 de febrero

Saqué mis propias conclusiones acerca de la carta que me adjuntaste, mi querida Charlotte, y ahora te diré cuáles fueron. Razoné que si mediante este segundo matrimonio Sir George tuviese una segunda familia, nuestra fortuna se vería considerablemente disminuida; si su mujer fuese de natural derrochadora, le animaría a perseverar en ese alegre y disipado modo de vida, para lo cual no necesitaría demasiado apoyo, me temo, pues ya ha demostrado no ser sino demasiado perjudicial para su salud y su fortuna; que ella pasaría a ser ahora dueña de aquellas joyas que una vez adornaron a nuestra madre y que Sir George nos había prometido desde siempre; que si ellos no vinieran a Perthshire, no podría satisfacer la curiosidad que me producía el contemplar a mi madrastra, y que si lo hacían, Matilda no volvería a sentarse a la cabeza de la mesa de su padre.

Estas eran, mi querida Charlotte, las melancólicas reflexiones que se agolpaban en la imaginación tras examinar concienzudamente la carta que te envió Susan; las mismas que se le ocurrieron a su vez a Matilda al instante de haberla examinado ella. Las mismas ideas, los mismos miedos le ocuparon inmediatamente la mente, y no sé cuál de ellas la angustió más: si la probable disminución de nuestra fortuna o su propia distinción. Ambas ardemos en deseos de saber si lady Lesley es guapa y qué opinión te merece; dado que la honras con el apelativo de amiga, nos complace pensar que debe de ser amable.

Mi hermano ya está en París. Tiene la intención de irse de allí en unos pocos días y de ponerse en ruta hacia Italia. Escribe en un tono más alegre, dice que el aire de Francia le ha hecho recuperar la salud y el ánimo; que ha dejado completamente de pensar en Louisa en todos los sentidos, tanto con lástima como con afecto, y que incluso se siente agradecido por su fuga, ya que encuentra muy divertido el ser soltero de nuevo. Puedes imaginar por ello que ha recobrado por completo esa graciosa alegría, ese enérgico ingenio que en su día hacían de él un ser tan extraordinario.

Cuando conoció a Louisa por primera vez, hace poco más de tres años, era uno de los muchachos más despiertos y agradables de su edad. Pero creo que nunca llegaste a oír los detalles de su primer encuentro con ella. Comenzó en la casa de Cumberland de nuestro primo, el coronel Drummond, donde pasaba las Navidades y donde cumplió los veintidós. Louisa Burton era hija de un pariente lejano de la señora Drummond, quien, habiendo muerto pocos meses antes en extrema pobreza, dejó a su única hija, que en ese momento tenía unos dieciocho años, bajo la custodia de cualquier familiar que quisiera ocuparse de ella. La señora Drummond fue la única que se mostró dispuesta. Así pues, Louisa fue alejada de una miserable casa de campo en Yorkshire y llevada a una elegante mansión de Cumberland, y pasó de la angustia pecuniaria que la pobreza podía ocasionar a todo el elegante entretenimiento que el dinero podía comprar.

Louisa era malhumorada y astuta por naturaleza; pero su padre le enseñó a disfrazar su verdadero temperamento bajo la apariencia de una insinuante dulzura, siendo éste muy consciente de que sólo si se casaba tendría oportunidad de no pasar hambre; él se congratulaba pensando que con esa mezcla de belleza personal junto con unos modales delicados y un agradable discurso, podría colocarse en posición de gustarle a algún joven que pudiera permitirse casarse con una chica que no tuviera ni un chelín. Louisa participó a la perfección en los planes de su padre y resolvió seguirlos con toda atención y esmero. A fuerza de perseverancia y dedicación, finalmente había disfrazado tan perfectamente su temperamento innato bajo la máscara de la inocencia y la dulzura como para imponerlo a cualquiera que no hubiera descubierto su verdadero carácter mediante una larga y constante relación íntima con ella. Así era Louisa, cuando el desventurado Lesley la contempló por vez primera en la casa de Drummond. Su corazón, que era (usando tu comparación favorita) tan delicado, dulce y suave como la nata montada, no pudo resistirse a sus encantos. En muy pocos días ya se estaba enamorando; de hecho, poco después se enamoró y, antes de que pasase un mes de haberla conocido, ya se había casado con ella. Al principio, mi padre se sentía tremendamente disgustado ante esa unión tan precipitada e imprudente; pero cuando se dio cuenta de que no les importaba en absoluto, pronto se reconcilió con el matrimonio. La finca que mi hermano posee cerca de Aberdeen, que recibió como recompensa de su tío abuelo (independiente de la de Sir George), era más que suficiente para mantenerles a él y a mi hermana desahogados y con holgura. Durante los primeros doce meses, nadie podía haber sido más feliz que Lesley, y nadie aparentemente más amable que Louisa, que actuaba de un modo tan verosímil, y se comportaba tan prudentemente que, aunque Matilda y yo a menudo pasábamos varias semanas con ellos, ninguna de las dos sospechábamos nada acerca de su verdadero temperamento. Sin embargo, tras el nacimiento de Louisa, el cual uno podría haber pensado que habría intensificado su respeto por Lesley, la máscara que tanto tiempo

había mantenido fue gradualmente apartándose, y, como probablemente se sentía segura del afecto de su marido (que de hecho parecía haber aumentado, si eso fuera posible, tras el nacimiento de su hija), no aparentaba hacer esfuerzos para evitar que ese afecto disminuyera cada vez más. De este modo, nuestras visitas a Dunbeath eran menos frecuentes y, con mucho, menos agradables de lo que solían ser. Nuestra ausencia nunca fue, sin embargo, mencionada o lamentada por Louisa, quien se sentía infinitamente más feliz en compañía del joven Danvers, al que conoció en Aberdeen (él estudiaba en una universidad de allí) que en compañía de Matilda y de tu amiga, aunque en verdad nunca hubo chicas más agradables que nosotras. Ya conoces el triste final de la felicidad conyugal del matrimonio Lesley; no voy a insistir. Adiós, mi querida Charlotte; aunque aún no he mencionado nada sobre el asunto, espero que al menos te creas que pienso y siento mucho el dolor de tu hermana. No tengo ninguna duda de que el aire puro de las colinas de Bristol lo eliminarán por completo, borrando de su mente el recuerdo de Henry. Tuya siempre, mi querida Charlotte,

M.L.



Carta cuarta

De la señorita C. Lutterell a la señorita M. Lesley

Bristol, a 27 de febrero.

Mi querida Peggy:

Acabo de recibir tu carta; al haberla mandado tú a Sussex y encontrarme yo en Bristol, han tenido que reenviármela y, debido a un inexplicable retraso, acaba de llegarme en este mismo instante. Te doy las gracias por el relato que contiene sobre el primer encuentro, el amor y el matrimonio de Lesley y Louisa, lo cual no me ha entretenido menos pese a haberseme relatado varias veces con anterioridad.

Tengo la satisfacción de informarte de que hay motivos para creer que la despensa está, a estas alturas, prácticamente vacía, ya que dimos a los sirvientes órdenes específicas de comer todo lo que pudieran y de llamar a un par de asistentes para que les ayudasen. Nosotras nos llevamos un pastel de pichón, un pavo frío, una lengua fría, y media docena de gelatinas, de lo que afortunadamente nos deshicimos en menos de dos días desde que llegamos, con la ayuda de nuestra casera, su marido y sus tres hijos. La pobre Eloisa está aún tan mal de salud y de ánimo que mucho me temo que el aire de Bristol, por saludable que sea, no haya sido capaz de hacer salir a Henry de su recuerdo.

Me preguntas si tu nueva madrastra es guapa y agradable: te daré ahora una descripción exhaustiva de sus encantos físicos y mentales. Es pequeña y extremadamente bien hecha; es de natural pálida, pero se echa mucho colorete; tiene unos ojos y dientes delicados, como se cuidará de hacerte saber en cuanto te vea, y en conjunto es muy bonita. Tiene un humor extraordinariamente bueno cuando se sale con la suya, y es muy alegre cuando no está de malas. Es derrochadora por naturaleza y no muy emotiva; no lee nada salvo las cartas que recibe de mí, y nunca escribe nada salvo las respuestas. Toca el piano, canta y baila, pero no tiene gusto para ello, ni sobresale en ninguna de las tres cosas, aunque dice que le gustan apasionadamente. Quizá me halagues sorprendiéndote de que alguien de quien hablo con tan poco cariño pueda ser mi amiga especial; pero, si te digo la verdad, nuestra amistad surgió

más de un capricho por su parte que de una estima por la mía. Pasamos juntas dos o tres días en Berkshire, con una dama con la que las dos resultamos estar emparentadas. Durante nuestra visita, debido a un tiempo extraordinariamente malo y a un grupo de gente especialmente estúpida, fue tan buena como para sentir una intensa debilidad por mí, la cual muy pronto cuajó en una franca amistad y acabó en una sólida correspondencia. Probablemente a estas alturas ella está tan cansada de mí como yo lo estoy de ella, pero como ella es demasiado educada y yo demasiado cortés para decirlo, nuestras cartas todavía son tan frecuentes y afectuosas como siempre, y nuestro apego, tan firme y sincero como al principio. Con lo que le gustan los placeres de Londres y de Brighthelmstone, seguramente encuentre muy difícil el persuadirse de la curiosidad que le pueda producir el conocerle, incluso a costa de dejar aquellos lugares favoritos de disipación por la melancólica —aunque venerable— penumbra del castillo que habitas. Sin embargo, si encuentra su salud dañada a causa de demasiada diversión, quizás adquiriera la suficiente fortaleza para emprender un viaje a Escocia con la esperanza de que éste resulte ser al menos beneficioso para su salud, si no propicio para su felicidad. Siento decir que creo que tus miedos acerca del carácter derrochador de tu padre, de tu propia fortuna, de las joyas de tu madre y de las consecuencias para tu hermana no están sino completamente fundamentados. Mi amiga tiene cuatro mil libras, y probablemente gaste al año aproximadamente la misma cantidad en ropa y lugares públicos, si puede conseguirlo. Seguramente no se atreverá a reprocharle a Sir George la manera de vivir a la que tanto tiempo ha estado acostumbrado; y, por tanto, hay razones para pensar que vivirás muy acomodada si es que logras que te llegue algo de dinero. Imagino que las joyas también serán indudablemente tuyas, y tiene lógica el pensar que presidirá la mesa de su marido antes que la hija de él. Pero dado que un tema tan delicado como éste ha de angustiarte necesariamente, no insistiré más.

La indisposición de Eloisa nos ha llevado a Bristol en una época del año tan poco común, que desde que vinimos sólo hemos visto a una familia distinguida. El señor y la señora Marlowe son una gente muy agradable; la mala salud de su hijo fue lo que ocasionó su llegada aquí; puedes imaginar que, al ser la única familia con la que podemos conversar, nos encontramos en un estado de estrecha y recíproca intimidad con ellos; de hecho, los vemos casi todos los días, y ayer cenamos con ellos. Pasamos un día muy agradable y cenamos realmente bien aunque, a decir verdad, la ternera estaba terriblemente cruda y el curry no estaba condimentado. Durante el tiempo que duró la cena no pude evitar desear haber estado presente en el momento de aliñarlo. Un hermano del señor Marlowe, el señor Cleveland, está ahora con ellos; es un joven guapo y parece tener mucho que decir. Yo le digo a Eloisa que debería echarle el lazo, pero no parece gustarle nada la propuesta. Me gustaría ver a la chica casada, y Cleveland tiene un patrimonio buenísimo. Quizá te extrañe que no me tenga en cuenta

a mí misma del mismo modo que tengo en cuenta a mi hermana para mis proyectos matrimoniales; pero si te digo la verdad, nunca he deseado tener un papel más protagonista en una boda que el de supervisar y dirigir la cena; y por eso, mientras tenga algún conocido que se case por mí, nunca pensaré en casarme yo misma, ya que, sospecho, no tendría tanto tiempo para aliñar mi propia cena de boda como tengo para aliñar las de mis amigos. Sinceramente tuya,

C.L.

Carta quinta

De la señorita Margaret Lesley a la señorita Charlotte Lutterell

Lesley Castle, a 18 de marzo.

El mismo día en que recibí tu última y amable carta, Matilda recibió una de Sir George, fechada en Edimburgo y en la que nos informaba de que sería él quien tendría el placer de presentarnos a Lady Lesley a la noche siguiente. Esto, como supondrás, nos sorprendió considerablemente, debido, especialmente, a que tu relato acerca de la dama nos dio razones para creer que había pocas posibilidades de que visitara Escocia en un momento en el que Londres debía de ser tan divertido. Sin embargo, como era nuestro deber estar encantadas ante una señal de condescendencia como era la visita de Sir George y Lady Lesley, nos preparábamos para corresponder con una respuesta que expresase la felicidad que experimentábamos ante la expectativa de tal bendición, cuando, afortunadamente, nos acordamos de que, como iban a llegar al castillo la noche siguiente, a mi padre le sería imposible recibirla antes de irse de Edimburgo, y nos contentamos con dejarles que se imaginasen que éramos tan felices como se esperaba que lo fuésemos. Llegaron a las nueve de la noche del día siguiente, acompañados por uno de los hermanos de Lady Lesley. La dama se corresponde a la perfección con la descripción que me mandaste de ella, excepto en que a mí no me resulta tan bonita como tú pareces considerarla. No tiene una cara fea, pero hay algo tan poco majestuoso en su minúscula figura, que hace que parezca un enano insignificante si se la compara con la elegante estatura que tenemos Matilda y yo. Habiendo ahora satisfecho completamente su curiosidad por vernos (la cual debe haber sido inmensa para haber hecho más de cuatrocientas millas), ya empieza a mencionar su vuelta a la ciudad, y nos ha pedido que la acompañemos. No podemos rechazar su petición, puesto que está secundada por las órdenes de nuestro padre, y terciada por las súplicas del señor Fitzgerald, el cual es ciertamente uno de los jóvenes más agradables que he visto nunca. Aún no se ha decidido cuándo nos iremos, pero cuando quiera que sea, está claro que tendremos que llevar a nuestra pequeña Louisa con nosotros. Adiós, mi

querida Charlotte, Matilda se une a los mejores deseos, para ti y Eloisa, de la siempre
tuya,

M.L.

Carta sexta

De Lady Lesley a la señorita Charlotte Lutterell

Lesley Castle, a 20 de marzo

Llegamos aquí, mi dulce amiga, hará unas dos semanas y ya me arrepiento de corazón haber dejado alguna vez nuestra encantadora casa de Portman Square por este sombrío castillo envejecido por el desgaste del clima. No puedes hacerte una idea de lo espantoso que es, con esa forma de mazmorra que tiene. De hecho, está colgado en una roca de apariencia tan absolutamente inaccesible, que esperaba que me subiesen tirando de una cuerda; y me arrepentí sinceramente de haber satisfecho la curiosidad de contemplar a mis hijas a costa de verme obligada a entrar en su prisión de una manera tan peligrosa y ridícula. Pero tan pronto como me encontré a salvo dentro de este tremendo edificio, me consolé con la esperanza de ver mi ánimo reavivado gracias a la visión de dos chicas tan hermosas como se me había dicho en Edimburgo que eran las señoritas Lesley. Pero nuevamente, no encuentro otra cosa que decepción y sorpresa. Matilda y Margaret Lesley son dos chicas enormes, altas, fuera de lo común, demasiado grandes, en definitiva, con la estatura perfecta para habitar un castillo en comparación casi tan largo como ellas. Desearía, mi querida Charlotte, que pudieras tan sólo contemplar estas gigantas escocesas; estoy segura de que te darían un susto de muerte. Harán muy buen contraste conmigo, así que las he invitado a que me acompañen a Londres, donde espero estar en el curso de las próximas dos semanas. Además de estas dos bellas damiselas, conocí a una pequeña y divertida mocosa, la cual creo que es pariente de ellas: me dijeron quién era y me contaron un requilorio larguísimo acerca de su padre y de la señorita Nosequién, que ya he olvidado por completo. Odio el escándalo y detesto a los niños. Desde que vine aquí he sido acosada con pesadas visitas de un grupo de desdichados escoceses con nombres terriblemente difíciles; eran tan educados, me hicieron tantas invitaciones, y hablaron tan pronto de venir otra vez, que no pude evitar ofenderlos. Supongo que no volveré a verlos y, sin embargo, formamos una familia tan ridícula, que no sé qué voy a hacer. Estas chicas no saben nada de música, sino de aires escoceses; no tienen

dibujos, sino montañas escocesas; y no tienen libros, sino poemas escocesas; y yo odio todo lo escocés. Normalmente puedo pasarme la mitad del día en el baño con gran placer, pero ¿por qué he de arreglarme aquí, si no hay ni una sola criatura en la casa a quien tenga algún deseo de agradar? Acabo de tener una conversación con mi hermano en la que me ha ofendido mucho, de la cual, como no tengo nada más divertido que contarte, te daré todos los detalles. Has de saber que durante estos últimos cuatro o cinco días sospechaba mucho que William sentía debilidad por mi hija mayor. Por mi parte, si hubiese estado dispuesta a enamorarme de alguna mujer, no habría elegido a Matilda Lesley como el objeto de mi pasión, puesto que no hay nada que odie más que una mujer alta; sin embargo, no existe explicación para los gustos de algunos hombres y, como William mide también casi dos metros, no es extraño que sienta debilidad por esa altura. Ahora, dado que le tengo un gran cariño a mi hermano y sentiría mucho verle infeliz, como imagino que sucedería si no pudiera casarse con Matilda, y puesto que además sé que sus circunstancias no le permitirían casarse con ninguna otra que no tuviese dinero, y Matilda depende completamente de su padre, el cual no tendrá ni disposición propia ni mi permiso para darle a ella algo en la actualidad, pensé que sería una buena acción hacia mi hermano el hacérselo saber, para que pudiese elegir por sí mismo entre vencer su pasión u optar por el amor y la desesperación. De esta manera, al encontrarme esta mañana a solas con él en una de las viejas y horribles habitaciones de este castillo, abordé la cuestión de este modo:

—Bien, mi querido William, ¿qué piensas de estas chicas? Por mi parte, no las encuentro tan poco atractivas como esperaba, pero tal vez pienses que tengo debilidad por las hijas de mi marido, y a lo mejor estás en lo cierto. Se parecen tanto a Sir George que es natural pensarlo...

—Mi querida Susan —gritó él en un tono de lo más sorprendido—, ¿no piensas realmente que se parecen en lo más mínimo a su padre! ¡Él es tan poco atractivo! Pero te pido perdón, había olvidado por completo con quién estaba hablando.

—¡Oh, no me importa! —respondí—, todo el mundo sabe que Sir George es horriblemente feo, y te aseguro que a mí siempre me ha dado miedo.

—Me sorprendes mucho —replicó William— con eso que me cuentas respecto a Sir George y sus hijas. No puedes pensar en tu marido como alguien con tan pocos encantos personales como dices, ni, sin duda, puedes ver ningún parecido entre él y las señoritas Lesley, quienes son, en mi opinión, completamente diferentes a él y de lo más guapas.

—Si ésa es tu opinión respecto a las chicas, eso prueba la belleza de su padre, ya que, si ellas son tan diferentes a él y tan guapas al mismo tiempo, es natural pensar que él es muy poco atractivo.

—De ningún modo —dijo él—, puesto que lo que puede hacer bonita a una mujer puede resultar desagradable en un hombre.

—Pero tú mismo —respondí— admitiste hace sólo unos minutos que era muy poco atractivo.

—Los hombres no pueden juzgar la belleza de su propio sexo —dijo él.

—Ni hombres ni mujeres pueden pensar que Sir George sea pasable.

—Bien, bien —dijo—, no vamos a disputarnos sobre su belleza, pero tu opinión sobre sus hijas es sin duda muy extraña; pues si te entendí bien, ¡dijiste que no las has encontrado tan poco atractivas como te esperabas!

—¿Por qué?, ¿entonces tú sí las encuentras menos atractivas? —dije yo.

—Apenas me creo que hables en serio —replicó— cuando te refieres a sus personas de una manera tan extraordinaria. ¿No crees que las señoritas Lesley son dos jóvenes muy guapas?

—¡Dios! ¡No! —grité— ¡Me parecen terriblemente poco atractivas!

—¿Poco atractivas? —respondió—. Mi querida Susan, ¡no puedes pensar así de verdad! ¿Por qué? ¿A qué rasgo de la cara de cualquiera de ellas puedes poner reparos?

—¡Ah! Espérame para eso —respondí yo—. Venga, empezaré con la mayor, con Matilda. ¿Puedo, William? —Me hice pasar por todo lo astuta que pude mientras lo decía, con el fin de avergonzarle.

—Se parecen tanto —dijo— que debo suponer que los defectos de una serán los defectos de ambas.

—Pues bien, en primer lugar, ¡las dos son tan horriblemente altas!

—En efecto, son más altas que tú —dijo con una sonrisa impertinente.

—No —dije yo—, eso no lo sé.

—Bueno —continuó—, pero aunque su estatura esté por encima de lo común, sus figuras son absolutamente elegantes; y en cuanto a su cara, sus ojos son preciosos.

—La tremenda apariencia de esas figuras despampanantes nunca podrá parecerme elegante en grado alguno, y en cuanto a sus ojos, son tan altas que nunca pude forzar mi nuca lo suficiente como para mirarlos.

—Ya —dijo—, no sé si has hecho bien en no intentarlo, ya que quizá te deslumbrasen con su brillo.

—¡Oh, ciertamente! —dije yo, con la mayor de las complacencias, porque te aseguro, mi querida Charlotte, que no me sentí ofendida en lo más mínimo, aunque por lo que siguió cabe suponer que William era consciente de haberme dado motivos para ello, ya que acercándoseme y cogiendo mi mano, dijo—: no pongas esa cara tan solemne, Susan, ¡me harás creer que te he ofendido!

—¿Ofenderme?, querido hermano, ¿cómo se te ha ocurrido algo así? —respondí—. ¡De verdad que no! Te aseguro que no estoy en absoluto sorprendida de que seas un ardiente defensor de la belleza de esas chicas.

—Bien —interrumpió William—, pero recuerda que aún no hemos terminado nuestra discusión acerca de ellas. ¿Qué defecto encuentras en su cutis?

—¡Son tan horriblemente pálidas!

—Siempre tienen algo de color y, tras algo de ejercicio, éste aumenta considerablemente.

—Sí, pero si alguna vez lloviese en esta parte del mundo, nunca serían capaces de crecer más de lo que ya han crecido; excepto si se divierten corriendo de acá para allá en estas horribles y viejas galerías y antesalas.

—Bueno —respondió mi hermano en tono de enfado y lanzándome una mirada impertinente—, puede que tengan poco color, pero al menos es todo suyo.

Esto fue demasiado, mi querida Charlotte, porque estoy segura de que con esa mirada tuvo la insolencia de dudar de la realidad del mío. Pero estoy segura de que tú justificarás mi comportamiento al verme tan cruelmente insultada, ya que puedes atestiguar cuántas veces he protestado contra el hecho de llevar colorete, y cuántas veces te he dicho lo mucho que lo detesto. Y te aseguro que mi opinión es todavía la misma. Pues bien, no pudiendo aguantar las dudas de mi hermano, salí inmediatamente de la habitación y desde entonces he estado en mi vestidor escribiéndote. ¡Qué carta más larga me ha salido! Pero no debes esperar recibir otra igual cuando haya llegado a la ciudad, puesto que sólo en Lesley Castle uno tiene tiempo para escribir incluso a Charlotte Lutterell. Estaba tan enfadada por la mirada de William que no pude armarme de suficiente paciencia para quedarme y aconsejarle acerca de su apego a Matilda, que es lo que me había llevado en un principio, por puro amor hacia él, a entablar la conversación. Y debido a ésta, ahora estoy tan completamente convencida de su intensa pasión por ella, que estoy segura de que nunca querrá oír hablar del asunto, y por lo tanto no he de tomarme más molestias por él ni por su favorita. Adiós, querida mía. Afectuosamente tuya,

Susan L.

Carta séptima

De la señorita C. Lutterell a la señorita M. Lesley

Bristol, a 27 de marzo.

Esta semana he recibido tu carta y la de tu madrastra, las cuales me han entretenido mucho, puesto que me hacen ver que ambas estáis completamente celosas de la belleza de la otra. Es muy curioso que dos mujeres bonitas, de hecho, madre e hija, no puedan estar en la misma casa sin discutir sobre sus respectivas caras. Convéncete de que ambas sois muy guapas y no digas nada más sobre el asunto. Supongo que debo enviar esta carta a Portman Square, donde probablemente (por grande que sea tu afecto por el castillo de los Lesley) no lamentarás encontrarte. A pesar de lo que diga la gente sobre las verdes praderas y el campo, siempre fui de la opinión de que Londres y sus diversiones pueden ser muy agradables durante un tiempo, y sería muy feliz si los ingresos de mi madre le permitieran llevarnos a sus edificios y jardines públicos durante el invierno. Siempre he anhelado especialmente ir a Vaux-Hall, para ver si la carne de vaca se corta tan fina como dicen, ya que sospecho ligeramente que poca gente entiende tan bien como yo el arte de cortar una rodaja de carne de vaca; sería difícil que no supiera nada del asunto, dado que fue la parte de mi educación que más esfuerzo me costó. Mamá siempre me consideró su mejor alumna; aunque cuando papá vivía, Eloisa era su preferida. Efectivamente, nunca hubo dos caracteres más diferentes en el mundo. A las dos nos encantaba leer. Ella prefería las crónicas; yo las recetas. A ella le encantaba hacer dibujos y a mí caldo de gallina. Nadie cantaba mejor que ella, y nadie hacía pasteles mejor que yo. Y así sigue siendo desde que somos niñas. La única diferencia es que las entonces tan frecuentes disputas sobre cuál de nuestras tareas era de mejor calidad ya se han acabado. Desde hace varios años hemos llegado al acuerdo de admirar siempre los trabajos de la otra; yo nunca me pierdo escuchar su música, y ella es igual de constante comiendo mis pasteles. Al menos ésta era la situación hasta que Henry apareció en Sussex. Antes de la llegada de su tía a nuestro barrio, donde, como sabes, se instaló hace aproximadamente un año, las visitas de él se habían producido en días muy concretos

y habían sido de una misma duración, fijada con antelación; pero tras su mudanza a la mansión, que está a un paseo de nuestra casa, éstas se volvieron más frecuentes y largas. Como puedes imaginar, esto no podía ser agradable para la señora Diana, enemiga declarada de todo lo que no sea dirigido por el decoro y la formalidad, o que se asemeje hasta en lo más mínimo a una educación buena y acomodada. Tan grande era su aversión por el comportamiento de su sobrino, que a menudo la he oído soltar tales indirectas sobre ello a su cara que, si en esos momentos Henry no hubiese estado inmerso en una conversación con Eloisa, habrían captado su atención y le habrían angustiado sobremanera. La alteración en el comportamiento de mi hermana al que antes he aludido tuvo lugar entonces. Ya no parecía respetar el acuerdo al que habíamos llegado acerca de admirar lo que hiciera la otra; y aunque yo aplaudía constantemente incluso los bailes campestres que ella organizaba, ni uno de los pasteles de pichón de mi cosecha obtuvo de ella una sola palabra de aprobación. Esto hubiera sido más que suficiente para encenderla a una; sin embargo, fui tan fría como la crema de queso y, tras haber diseñado mi plan y maquinado una venganza, estaba decidida a dejar que hiciese las cosas a su manera y a no hacerle ni un solo reproche. Mi plan consistía en tratarla a ella como me había tratado a mí, y, aunque me pintase mi propio retrato o tocase Malbrook (que es la única melodía que siempre me ha gustado de verdad), no decir «Gracias, Eloísa»; aunque durante muchos años había constantemente gritado con falsedad siempre que tocaba: «Bravo!, bravissimo!, encora!, da capo!, allegretto!, con expressione!» y «poco presto!», junto con otras estrafalarias palabras, todas ellas, que, como Eloisa me decía, expresaban muy bien mi admiración; e imagino que así es, ya que veo varias de ellas en todas y cada una de las páginas de todos los libros de música: supongo que serán los sentimientos del compositor.

Cumplí mis planes con gran presteza. No puedo decir con éxito porque, ¡ay de mí!, mi silencio mientras ella tocaba no parecía disgustarle; de hecho, todo lo contrario; un día me dijo: «Bien Charlotte, me alegro mucho de ver que por fin has abandonado esa ridícula costumbre de: vitorear mi ejecución al clavicordio hasta causarme dolor de cabeza y quedarte ronca. Te agradezco mucho que te guardes tu admiración para ti». Nunca olvidaré la respuesta tan ingeniosa que le di a este comentario. «Eloisa —dije—, te pido que estés tranquila con respecto a estos temores en el futuro, puesto que estate segura de que siempre me guardaré mi admiración para mí y mis pasatiempos, y nunca la extenderé a los tuyos». Ésta fue la única cosa dura que he dicho en mi vida; no es que a menudo no me haya sentido satírica, pero era la primera vez que hacía públicos mis sentimientos.

Imagino que nunca hubo dos jóvenes que se tuvieran más cariño que Henry y Eloísa; no, el amor de tu hermano por la señorita Burton no podía ser tan fuerte, aunque fuese más violento. Puedes imaginarte lo afectada que debía de estar mi

hermana al hacerle él una jugarreta como ésa. ¡Pobre chica!, aún lamenta su muerte con la misma constancia aunque lleva muerto más de seis semanas; pero hay a quienes estas cosas les afectan más que a otros. El mal estado de salud en el que la ha sumido su pérdida la hace estar tan débil y ser tan incapaz de sobreponerse al más mínimo esfuerzo, que ha estado la mañana entera desconsolada sólo por haberse despedido de la señora Marlowe, quien, junto a su marido, su hermano y su hijo, se va de Bristol hoy por la mañana. A mí me da pena que se vayan porque son la única familia que hemos conocido aquí, pero en ningún momento he pensado en llorar; para ser sincera, Eloisa y la señora Marlowe siempre han estado más unidas entre sí que conmigo, y por eso se han tomado una especie de afecto, lo cual no hace las lágrimas tan inexcusables en ellas como lo serían en mí. Los Marlowe se van a la ciudad, Cleveland los acompaña; ya que ni Eloisa ni yo hemos podido cazarle, espero que tú o Matilda tengáis más suerte. No sé cuándo podremos irnos de Bristol; el ánimo de Eloisa está tan bajo que se siente muy reacia al traslado; y sin embargo, de ningún modo se curará con su estancia aquí. Espero que en una o dos semanas se determinen qué medidas tomar. Mientras tanto, cree, etc. y etc.

Charlotte Lutterell

Carta octava

De la señorita Lutterell a la señora Marlowe

Bristol, a 4 de abril.

Te estoy muy agradecida, mi querida Emma, por la señal de afecto con la que me halagas al transmitirme la propuesta de cartearnos; te aseguro que será un alivio para mí el escribirte, y, siempre que mi salud y mi ánimo me lo permitan, verás que soy una escritora muy constante; no diré divertida, ya que conoces mi situación lo suficiente como para no ignorar que la alegría sería impropia de mí; y yo conozco demasiado bien mi corazón como para no percibir que ello sería anormal. No debes pues esperar noticias, ya que no vemos a nadie de quien seamos en absoluto conocidos, o en cuyos eventos tengamos alguna participación. No debes esperar ningún escándalo, ya que por el mismo motivo nos está vedado tanto el oírlos como el inventárnoslos. No debes esperar nada de mí salvo las efusiones de tristeza de un corazón roto, el cual se ve para siempre privado de la felicidad de la que una vez disfrutó, y que difícilmente soporta su actual desgracia. El hecho mismo de poder escribirte y hablarte de mi extraviado Henry será un lujo para mí, y sé que tu bondad no rechazará leer lo que a mi corazón tanto le aliviará escribir. Una vez creí que tener lo que, generalmente, se llama un amigo (quiero decir, alguien de mi mismo sexo a quien pueda hablarle con menos reservas que a cualquier otra persona) que no fuese mi hermana nunca sería objeto de mi deseo, ¡pero cuán equivocada estaba! Charlotte está demasiado absorta con dos corresponsales confidenciales de ese tipo como para brindarme a mí el sitio de una de ellas, y espero que no pienses que soy infantil y romántica cuando te digo que tener algún tipo de amiga compasiva que escuche mis penas sin intentar consolarme es lo que he estado deseando durante bastante tiempo; cuando te conocí, la complicidad que siguió, y el cariño especialmente afectuoso que me diste casi desde el principio, me hicieron contemplar la favorecedora idea de aumentar esas atenciones mediante un mejor conocimiento de una amistad que, si fueras lo que en mis deseos quería que fueses, sería la felicidad más grande de la que yo podría disfrutar. El ver que esas esperanzas se hacen realidad es una satisfacción suficiente;

esa satisfacción es actualmente casi la única que puedo sentir. Me encuentro tan débil que estoy segura de que si estuvieses conmigo me obligarías a dejar de escribir, y no puedo darte mejor señal de cariño que haciendo lo que sé que tú desearías que hiciera, ya estés ausente o presente. La sincera amiga de mi querida Emma,

E.L.

Carta novena

De la señora Marlowe a la señorita Lutterell

Grosvenor Street, a 10 de abril.

¿He de decirte, mi querida Eloísa, lo grata que me resultó tu carta? No puedo darte mejor prueba del placer que sentí con ella, o del deseo que siento de que nuestra correspondencia sea regular y frecuente, que dándote —como ahora hago— un buen ejemplo respondiéndote a ella antes de que acabe la semana. Pero no te imagines que pretendo tener ningún mérito por ser tan puntual; al contrario, te aseguro que me resulta mucho más gratificante escribirte que pasar la tarde en un concierto o en un baile. El señor Marlowe está tan deseoso de que aparezca en alguno de los lugares públicos cada tarde, que no me gusta negárselo, pero, al mismo tiempo, deseo tanto quedarme en casa que, al margen del placer que experimento dedicando alguna porción de mi tiempo a mi querida Eloisa, la libertad que reivindico —puesto que tengo una carta que escribir— de pasar una tarde en casa con mi hijo, y me conoces suficientemente bien como para entenderlo, será en sí mismo bastante aliciente (si es que se necesita alguno) para mantener, con placer, una correspondencia contigo. En cuanto al contenido de tus cartas, sea serio o alegre, si te interesa a ti me resultará a mí igualmente interesante; a pesar de ello, creo que la melancólica compasión respecto a tus penas no hará sino aumentarlas y las alimentará a base de repetírmelas e insistirme sobre ellas, y sería más prudente por tu parte que evitases tan triste asunto; pero sabiendo como sé el tranquilizador y melancólico placer que debe de proporcionarte, no puedo permitirme negarte tal compasión, y sólo insistiré en que no esperes que te anime a ello en mis cartas; al contrario, tengo la intención de llenarlas de enérgico ingenio y humor animoso, para que puedan despertar incluso una sonrisa en el dulce pero apenado rostro de mi Eloísa.

En primer lugar, has de saber que me he encontrado a las tres amigas de tu hermana, a Lady Lesley y a sus hijas, en lugares públicos dos veces desde que estoy aquí. Sé que estarás impaciente por saber mi opinión sobre la belleza de las tres mujeres de las que tanto has oído hablar. Ahora que estás demasiado enferma e infeliz

para ser vanidosa, creo que debo arriesgarme a informarte de que ninguna de sus caras me gusta tanto como la tuya. Sí, son guapas —de hecho, a Lady Lesley ya la había visto antes—, y creo que de sus hijas se diría, en general, que tienen una cara más fina que la de la dama; y sin embargo, con los encantos de una piel floreciente, algo de amaneramiento y mucha charla, quizá consiga atraer tantos admiradores como los rasgos, más clásicos, de Matilda y Margaret. Estoy segura de que estarás de acuerdo conmigo cuando digo que ninguna de ellas puede ser de la talla correcta para la belleza real, puesto que sabes que dos de ellas son más altas y otra más bajita que nosotras. A pesar de este defecto (o mejor dicho, en virtud de él) hay algo muy noble y majestuoso en las figuras de las señoritas Lesley y algo agradablemente vivo en su bonita y pequeña madrastra. Pero aunque unas sean majestuosas y la otra vivaracha, la cara de ninguna de ellas posee esa dulzura fascinadora de la de mi Eloisa, en la que su actual languidez está tan lejos de desaparecer. ¿Qué dirían mi marido y mi hermano de nosotras si supiesen todos los piropos que te estoy echando en esta carta? Es bastante duro que alguien del mismo sexo no le pueda decir a una mujer bonita que lo es sin que se sospeche que es su peor enemiga o su declarada lamebotas. ¡Las mujeres somos mucho más amables en tales casos! Un hombre le puede decir a otro cuarenta cosas corteses sin que nosotras pensemos que se le ha pagado por ello, y, siempre que cumpla con sus deberes para con nuestro sexo, nos da igual lo educado que sea con su mismo género.

Sea tan amable la señora Lutterell de aceptar mis cumplidos; Charlotte, mi amor; y Eloisa, los mejores deseos para la recuperación de su salud y su ánimo que le puede ofrecer su afectuosa amiga,

E. Marlowe

Me temo que esta carta no será más que una pobre muestra de mis facultades ingeniosas; y tu opinión sobre ellas no mejorará mucho cuando te diga que he sido lo más divertida que soy capaz de ser.

Carta décima

De la señorita Margaret Lesley a la señorita Charlotte Lutterell

Portman Square, a 13 de abril.

Mi querida Charlotte:

Nos fuimos del castillo de los Lesley el día 28 del mes pasado y llegamos sin incidentes a Londres tras un viaje de siete días; tuve el placer de encontrarme aquí con tu carta, que esperaba mi llegada, por la que te doy mis más sinceras gracias. ¡Ay! mi querida amiga, cada día añoro más los tranquilos y serenos placeres del castillo que hemos dejado a cambio de las dudosas y desiguales diversiones de esta ciudad glorificada. No pretendo afirmar que estas dudosas y desiguales diversiones me sean en absoluto desagradables; al contrario, las disfruto mucho y las disfrutaría incluso más si no estuviera segura de que cada aparición que hago en público no hace sino fortalecer la cadena de aquellos seres infelices de cuya pasión es imposible no compadecerse, aunque el que vuelva a aparecer o no, no es cosa mía. En pocas palabras, mi querida Charlotte, es mi debilidad por los sufrimientos de tantos jóvenes amables, mi antipatía por la admiración extrema con la que me encuentro, y mi aversión por ser tan célebre en público, en privado, en los periódicos y en las imprentas, todas éstas son las razones por las que no puedo disfrutar del todo las tan variadas y agradables diversiones de Londres.

¡Cuántas veces he deseado tener tan poca belleza personal como tú!, ¡que mi figura fuese tan poco elegante, mi cara tan fea, y mi apariencia tan desagradable como la tuya! Pero, ¡ay!, qué pocas posibilidades hay de que ocurra un acontecimiento tan deseado; ya he pasado la viruela y, por tanto, debo someterme a mi infeliz destino.

Ahora, mi querida Charlotte, voy a confiarte un secreto que durante mucho tiempo ha turbado la tranquilidad de mis días y que es del tipo de los que requieren la más inviolable discreción por tu parte. El lunes pasado por la noche, Matilda y yo acompañamos a Lady Lesley a una recepción en casa de la honorable señora Kickabout; íbamos acompañadas del señor Fitzgerald, que, por lo general, es un joven muy amable, aunque quizá con un gusto un poco extraño —está enamorado de

Matilda—. Apenas habíamos presentado nuestros respetos a la señora de la casa y habíamos hecho reverencias ante media veintena de diferentes personas, cuando me llamó la atención la aparición de un joven de lo más hermoso en su género, quien en ese momento entraba en la habitación junto con otro caballero y una dama. Desde el primer momento en que lo vi, estuve segura de que la felicidad de mi vida dependía de él. Imagina mi sorpresa cuando me lo presentaron con el nombre de Cleveland; lo reconocí al instante como el hermano de la señora Marlowe y como el conocido de mi Charlotte en Bristol. El señor y la señora M. eran el caballero y la dama que lo acompañaban. (¿A ti no te parece guapa la señora Marlowe?). El discurso elegante del señor Cleveland, sus finos modales y su encantador saludo confirmaron mi afecto al momento. No hablé, pero podía imaginarme todo lo que hubiese dicho si hubiera abierto la boca. Puedo imaginarme los cultos conocimientos, los nobles sentimientos y el elegante lenguaje que habría relucido de manera tan destacada en la conversación de Cleveland. El que se acercara Sir James Gower (uno de mis demasiado numerosos admiradores) impidió el descubrimiento de alguna de esas facultades, poniendo fin a la conversación que nunca entablamos y atrayendo mi atención hacia él. Pero, ¡oh!, ¡qué inferiores eran las dotes de Sir James comparadas con las de su tan envidiado rival! Sir James es uno de nuestros visitantes más frecuentes y casi siempre es partícipe de nuestras fiestas. A menudo nos hemos encontrado con el señor y la señora Marlowe, pero no con Cleveland; siempre está ocupado en algún otro lugar. Cada vez que veo a la señora Marlowe me agota mortalmente con su pesada conversación acerca de ti y de Eloisa. ¡Es tan estúpida! Vivo con la esperanza de ver a su irresistible hermano esta noche, ya que vamos a casa de Lady Flambeau, quien sé es íntima de los Marlowe. Nuestro grupo lo formaremos Lady Lesley, Matilda, Fitzgerald, Sir James Gower, y yo. Vemos poco a Sir George, que casi siempre está en la mesa de juego. ¡Ay, pobre suerte mía!, ¿dónde estarás en estos momentos? Vemos más a Lady L., que siempre aparece (con mucho colorete) en el momento de la cena. ¡Ay, con qué joyas tan encantadoras estará adornada esta noche en casa de Lady Flambeau! Pero me pregunto cómo puede ella deleitarse luciéndolas; seguramente sea consciente de la ridícula falta de decoro que supone el cargar su diminuta figura con esos superfluos adornos; ¿es posible que no sepa lo superior que es una elegante simplicidad a la vestimenta más estudiada? Si tan sólo nos lo regalase a Matilda y a mí, ¡cuánto se lo agradeceríamos!, ¡qué favorecedores serían los diamantes en nuestras finas y majestuosas figuras! Y qué sorprendente es que nunca se le haya ocurrido a ella esa idea. Estoy segura de que si he pensado de este modo una vez, lo haré cincuenta más. Siempre que veo a Lady Lesley llevándolas, inmediatamente acuden a mí estas reflexiones. ¡Y además son las joyas de mi propia madre! Pero no diré más sobre este melancólico asunto —déjame divertirte con algo más agradable—, Matilda recibió una carta de Lesley esta mañana, mediante la cual tenemos el placer de enterarnos de que

está en Nápoles, se ha hecho católico, ha conseguido una de las declaraciones del Papa para anular su primer matrimonio, y desde entonces está casado con una mujer napolitana de alta alcurnia y gran fortuna. Nos dice, además, que un episodio del mismo estilo le ha ocurrido a su primera mujer, Louisa, quien se encuentra igualmente en Nápoles, se ha hecho católica y pronto se casará con un noble napolitano de grandes y distinguidos méritos. Dice que actualmente son muy buenos amigos, que casi han olvidado todos los errores pasados y tienen la intención de ser en un futuro muy buenos vecinos. Nos invita a Matilda y a mí a visitarle a Italia y a llevarle a su pequeña Louisa, a la que la madre, la madrastra y él están por igual deseosos de ver. En cuanto a aceptar esta invitación, actualmente es algo bastante incierto; Lady Lesley nos aconseja que vayamos sin más pérdida de tiempo; Fitzgerald se ofrece a acompañarnos, pero Matilda tiene algunas dudas sobre si un plan así es decoroso: estoy segura de que el tipo le gusta. Mi padre no desea que tengamos prisa, puesto que, tal vez si esperamos unos meses, él y Lady Lesley tendrán el placer de acompañarnos en el viaje. Lady Lesley dice que no, que nada le hará anteponer por encima de las diversiones de Brighthelmstone un viaje a Italia, únicamente para ver a nuestro hermano. «No —dice la desagradable mujer—, ya fui suficientemente tonta una vez como para viajar no sé cuántos cientos de millas para ver a dos de la familia, y me encontré con que no solucionó nada, así que... ¡lléveme el demonio si alguna vez vuelvo a ser tan tonta!». Eso dice la dama, pero Sir George aún insiste en que a lo mejor en uno o dos meses nos acompañarán.

Hasta siempre, mi querida Charlotte,

Tu fiel Margaret Lesley